

RESCATE

• clark carrados •

¡RESCATE!

CLARK CARRADOS

¡RESCATE!

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Núm. de Registro: 324 -1966

Depósito Legal: B.- 1659-1966

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impresa es GRáFICAS TRICOLOR — Eduardo Tubau, 20 -
Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la enorme nave se hubo posado en tierra, los nativos empezaron a salir de sus escondites de la selva, tímidamente al principio, con cierta resolución después.

Sylda Otkins, capitán y propietaria de la «Audax», fue la primera en posar el pie en el herboso suelo. No lo hizo de buena gana, pero creyó que era su deber dar ejemplo a los demás tripulantes.

Igor Poswer, el primer oficial, descendió a continuación. Era un hombretón hercúleo, con frondosas melenas negras y una densa barba de collar, que le confería un cierto aspecto faunesco. Pendiente de su cintura llevaba una poderosa pistola solar.

Varios tripulantes más descendieron seguidamente, llevando algunos cajones cerrados. Sylda contempló a los nativos con recelo.

— Usted estuvo antes en Smanr—se dirigió al secundo—. ¿No nos harán algo malo?

Poswer soltó una ruidosa carcajada.

- ¿Quiénes? ¿Esos micos smanrianos? ¡Ni lo sueñe, capitán! — dijo en tono desdeñoso—. Son buenos chicos, créame. Cuando yo estuve la última vez, s» portaron estupendamente con nosotros. Ya lo verá, señora.

Dio dos pasos hacia delante y, torciendo los labios, añadió por encima del hombro:

- Además, estos chismecitos que cuelgan de nuestro costado les harían mucha pupa, caso de que se sintiesen belicosos. — Agitó una mano—. ¡Eh, amigos, acercaos!

Los smanrianos se hablan detenido a unos cincuenta o sesenta metros de la astronave. Sylda los contempló con curiosidad.

Eran unos hombrecillos pequeños, el más alto de los cuales apenas rebasaría el metro veinte de estatura. Tenían las orejas desproporcionadamente grandes, y su piel, de tono verdoso, les confería un aspecto poco agradable a primera vista. Vestían someramente, cubriéndose con pieles de animales salvajes, y sus armas eran lanzas, arcos y flechas, así como puñales que parecían de brillante piedra labrada, pendientes de sus cinturones trenzados con fibras vegetales.

Sylda Otkins se dio cuenta de que, a doscientos veintiocho años luz de la Tierra, había encontrado una tribu que vivía prácticamente en la Edad Prehistórica. Sus motivos, sin embargo, no tenían nada de altruistas, pese a que en la expedición viajaba un científico, encargado de estudiar aquella remotísima civilización.

Poswer agitó la mano.

— ¡Eh, monitos, acercaos! ¡Traemos cosas para vosotros! ¡Venid, queremos haceros muchos regalos!

El profesor Schaffhaus, antropólogo entre otras cosas, estaba lleno de admiración.

- Una raza interesantísima — decía, sin dejar de tomar planos con su cámara cinematográfica—. La memoria que presentaré va a causar sensación. ¡Dios de Abraham, qué hallazgo! ¡Pigmeos y de la Edad de Piedra, en pleno siglo XXIII!

Poswer volvió a mover la mano.

- ¡Vamos, nenes! ¡Sed buenos! ¡Traemos joyas, espejitos, cuchillos..., cigarrillos... ¡Cigarrillos, cigarrillos! — repitió.

Varios de los nativos echaron a correr entonces hacia él, con una amplia sonrisa pintada en sus labios que, por contraste con el tono verdoso de la epidermis, parecían blancuzcos como vientre de pez.

Sylda retrocedió un paso instintivamente.

—¡No tema, señora! — rió el segundo—. Son buenos chicos, se lo aseguro.

Uno de los nativos, armado con una delgada pero eficaz lanza,

que le rebasaba en un palmo la cabeza, extendió la mano izquierda.

- ¿«Sigrillos»? ¿«Oesky»? ¿«Kania, mrihoana,»? habló cantarina y atropelladamente.
- ¿Qué dice? — preguntó Sylda.
- Piden cigarrillos, whisky, coñac y marihuana tradujo el segundo—. Es preciso complacerles...

Schaffhaus se había tirado al suelo y buscaba nuevos ángulos para sus fotogramas. Uno de los nativos se le acercó y le miró con toda curiosidad, inclinando el torso hacia delante.

- Cigarrillos, sí — afirmó Sylda—. Pero nada de licores y, mucho menos, marihuana, cosa que, por otra parte, no tenemos en la nave.

Se volvió hacia los tripulantes.

- Denles unos paquetes de cigarrillos.

Los tripulantes obedecieron y empezaron a lanzar al aire paquetes de cigarrillos, que los smanrianos cogían ágilmente al vuelo, en medio de un gran alboroto. Al ver aquello, los restantes nativos perdieron el miedo y se acercaron a los terrestres, con objeto de poder tomar parte en el festín de regalos.

Sylda contemplaba la escena con curiosidad. Para ella, era algo nuevo por completo, pese a que no era su primer viaje por el espacio.

Los smanrianos desgarraron la envoltura de los paquetes y empezaron a sacar los cigarrillos. Para pasmo de Sylda, se los comían enteros, con gran fruición, sin quitarles siquiera el papel.

- Pero ¿qué hacen esos sujetos? — exclamó, atónita.
- Los smanrianos creen que es un alimento especial, que les da más fuerzas para cazar sus bestias de presa — explicó el segundo, en medio de grandes risotadas—. ¡Tomad, monitos, tomad!

Más smanrianos empezaron a salir del bosque cercano. Sylda se dio cuenta de que ahora venían también numerosas mujeres,

muchas de las cuales traían a sus hijos colgados a la espalda.

Las smanrianas gritaban y chillaban alborozadamente.

- También quieren su parte en la fiesta — comentó Schaffhaus, sonriente.

Sylda se volvió hacia los tripulantes.

- Denles trozos de tela y abalorios a las mujeres.

En unos momentos, el lugar se convirtió en un pandemónium. Los smanrianos de uno y otro sexo iban y venían, agitando las telas de vivos colores que les habían entregado, colgándose del cuello los grandes collares de abalorios, vivamente coloreados, o haciendo brillar al sol el metal de los cuchillos y hachas que habían conseguido. Era una escena brillante, animada, que estaba siendo captada en toda su integridad por la cámara del profesor Schauffhaus.

Sylda empezó a perder el temor a los nativos. Pese a su extravagante figura, en la que destacaban, aparte del color y las grandes orejas, sus largos y delgados brazos, que les llegaban en posición normal hasta más abajo de las rodillas; eran unos seres simpáticos, afectuosos y llenos de amabilidad.

Uno de los smanrianos se acercó a la joven y le entregó su cuchillo de caza.

- Quedar tú, yo regalar — dijo, comiéndose la mitad de las letras de sus frases.

Sylda tomó el puñal. El profesor Schaffhaus se acercó y examinó el arma, con la curiosidad del científico.

- Un buen regalo, capitán—dijo.
- ¿Sí, profesor?

Schaffhaus la miró a los ojos.

- Es un cuchillo hecho de una sola esmeralda — dictaminó.

El smanriano estaba dando saltos de alegría a unos pasos de

distancia, mientras devoraba los cigarrillos uno tras otro. Sylda bajó la vista y contempló el pesado puñal que, con su mango, medía más de cuarenta centímetros de longitud.

La talla era rudimentaria, pero no había oscurecido en absoluto la perfecta transparencia de la gema. Sylda pensó que al menos tenía un par de millones en las manos.

De pronto, vio a Poswer inclinado hacia uno de los smanrianos, hablando ambos de una forma que parecía muy confidencial.

El gigantesco astronauta tenía necesidad de doblarse casi en ángulo recto para poder situar su boca a la altura de las orejas del smanriano. De pronto, Sylda vio que Poswer entregaba un frasco plano al nativo.

El smanriano hizo desaparecer el frasco en el interior de su traje de pieles, entregando algo a cambie. Sylda se sintió invadida por la cólera.

- ¡Señor Poswer!—llamó.
- Señora — respondió el segundo, irguiéndose.

El ruido y la algarabía proseguían en tomo a ellos. Con ojos centelleantes, Sylda se acercó al nativo y extendió la mano.

- Dame ese frasco — pidió.

El smanriano perdió la sonrisa.

- Ser mío — contestó—. Regalo que vosotros dar y yo aceptar, no devolver.
- No se lo reclame, capitán —dijo Poswer—. Podría resultar catastrófico para nuestros planes.
- Estos seres viven en estado primitivo — protestó ella acaloradamente—. ¿Por qué les ha dado licor? El alcohol producirá funestos efectos en sus organismos.

— Bueno, capitán, a fin de cuentas... Estaba ya a punto de conseguir que me dijesen lo que tanto nos interesa. ¿Qué diablos importa un fraseo más o menos de licor?

Sylda vaciló. Si conseguían lo que buscaban, abandonarían Smanr y no volverían más por aquel planeta. No era un lugar comercial, pese a los cuchillos de esmeralda.

— Si no lo va a repetir más, señor Poswer… — dijo, titubeante. De súbito se inclinó sobre el nativo—. Está bien, quédate con el licor, pero habrás de decirnos dónde está Diana Curvet.

Al oír aquellas palabras, el nativo dio un salto atrás. Sus ojos brillaban ahora de un modo singular.

De repente, un agudo grito se escapó de los labios. Los smarianos suspendieron sus voces y sus saltos de alegría.

El hombrecillo volvió a gritar. Luego echó a correr y su gesto fue imitado por todos los demás, hombres, mujeres y chiquillos.

En irnos segundos, el claro quedó completamente vacío, a excepción de los terrestres recién desembarcados, ninguno de los cuales acertaba a explicarse la extraña actitud de los indígenas.

CAPÍTULO II

Guardando todo género de precauciones, Dan Lentz apartó los ramajes que le ocultaban la visión y exploró el terreno que tenía delante de sí.

Smanr era un planeta traicionero. Plantas carnívoras, animales feroces, de especies y formas desconocidas, arenas movedizas, bolsas de gases mortíferos... y los nativos, cuyo comportamiento era siempre una incógnita, así era el lugar en donde se movía Dan Lentz, luchando por llevar a buen puerto una misión que había aceptado voluntariamente y de la que esperaba, caso de triunfar, grandes beneficios.

Pendiente de sus anchos hombros y a la espalda, llevaba una mochila con todo lo necesario para sobrevivir meses enteros en territorio hostil. En las manos llevaba un rifle solar, la duración de cuya carga era prácticamente ilimitada.

Consultó el analizador de atmósfera que llevaba en su ancho cinturón. El contenido de oxígeno era normal. Uno podía meterse de lleno en una bolsa de gases letales sin darse cuenta, hasta que era demasiado tarde. El aparato evitaba tal peligro, emitiendo una alarma sonora con el tiempo suficiente para colocarse la máscara. A pesar de todo, Dan no se fiaba y consultaba el analizador con gran frecuencia.

El lugar parecía despejado. La selva de Smanr, no obstante sus numerosos claros, no daba sensación de terminarse nunca. La temperatura se acercaba mucho a la tropical, aunque la bóveda vegetal atenuaba no poco los ardientes rigores de aquel sol azulado que brillaba con furia en lo alto y que confería a personas y objetos

una apariencia singular.

Atravesó los matorrales. De pronto, su vista reparó en unas huellas que le llamaron la atención.

Se arrodilló en el suelo, para estudiar las improntas. La hierba permanecía aún aplastada en los lugares donde había sido pisada por la fiera.

Dan reconoció la clase de huellas en el acto. Eran de tigre exadáctilo, una fiera temible que apenas si tenía la figura de tigre algo más que la sola palabra que lo definía. Sus patas poseían seis garras como puñales curvos y tan afilados como navajas de afeitar. Uno podía salvarse, con suerte, de una dentellada, pero no de un zarpazo, capaz de abrir a un hombre en canal con toda facilidad.

Deteniéndose un instante, Dan echó la mano hacia atrás y sacó al tacto un par de auriculares que se colocó sobre la gorra. Los auriculares estaban unidos por un delgado cable conductor a un amplificador de sonidos. Era preciso captar el menor ruido que pudiera producirse en la selva.

En el acto, el susurro de las hojas quedó aumentado notablemente. Podía oír sus pisadas como si fueran las de un gigante de veinte metros de altura. Incluso captaba el inaudible crujido de los tallos de hierba al ser quebrados por sus recias botas de cuero especial, para selvas extraterrestres.

Avanzó cincuenta metros más, los auriculares le hicieron captar el acezante sonido de la respiración de una persona. Casi en el acto, percibió también un sordo gruñido y luego el inequívoco sonido de una cola al moverse y batir contra los flancos de su cuerpo.

Corrió un poco en la dirección de donde venían los sonidos. De pronto, al llegar junto a irnos arbustos espinosos, con púas como cuchillos, con unas flores de maravilloso colorido, divisó a un nativo, apoyado de espaldas en un árbol.

El smariano se hallaba frente a un tigre exadáctilo, que parecía a punto de lanzarse al ataque. El indígena disponía de una lanza, así como de arco y flechas, pero eran armas muy pobres para combatir con semejante fiera.

A menos que acertase a la bestia con un tiro de suerte, cosa nada probable, dadas las respectivas posiciones, el smanriano podía darse por muerto.

Dan se preguntó cómo no había atacado aún el tigre. Era un

enorme animal, la altura de cuya cruz rebasaba la del pigmeo smanriano. El color de la piel era azulado oscuro, con vetas amarillas y anaranjadas. Parecía un toro por el tamaño.

Las garras sobresalían más de veinte centímetros. Eran seis por cada pata y una tan sólo habría bastado para seccionar limpiamente la yugular del smanriano.

Pero, aparte de que era un ser humano, un congénere suyo, no obstante su ridícula figura, Dan tenía otros proyectos. Y esperaba conseguirlos, ayudando al indígena.

El tigre movía la cola, a la vez que dejaba escapar unos roncos gruñidos. El smanriano tenía a punto su lanza, aunque no daba la sensación de ir a usarla por el momento.

«Parece como si se estudiaran mutuamente antes del combate», pensó Dan, a la vez que levantaba el rifle.

Presionó el gatillo. La descarga alcanzó de lleno a la fiera, convirtiéndola en una ondulante nube de humo apestoso.

El smanriano se sobresaltó. Saliendo de su escondite, Dan se cambió el rifle de mano y avanzó hacia el indígena, con la mano derecha en alto.

- Paz — dijo lenta y claramente, repitiendo la palabra un par de veces más—. Paz, amigo de Smanr. Soy Dan, de la Tierra.

El smanriano le contempló con curiosidad.

- Soy tu amigo — siguió Dan—. Deseo ayudarte y que me ayudes.

Observó con no poca curiosidad que el smanriano no parecía extrañado por el hecho de que el tigre exadáctilo se hubiese convertido en humo.

- ¿Amigo? — dijo el nativo.
- Sí. Me llamo Dan. ¿Cómo te llamas?
- Azún. Salvar mi vida. Gracias.
- Nuestras figuras son distintas, pero ambos somos seres humanos — declaró Dan, sintiéndose un tanto incómodo al contemplar a Azún desde su metro noventa de estatura—.

Debemos ayudamos mutuamente, cada vez que nos veamos en un grave peligro.

Azún movió la cabeza afirmando.

- Tener un arma muy poderosa.
- Lo es, Azún. ¿Vives muy lejos de aquí?

El smanriano dijo algo que Dan no pudo entender bien, pero creyó que se refería a la distancia que le separaba de su tribu. Haciendo un esfuerzo mental, dedujo que debían hallarse a irnos diez kilómetros del lugar donde habitaba Azún.

- Me gustaría acompañarte — siguió Dan—. Puedo hacerte algunos regalos. ¿Quieres cigarrillos?
- «Sigrillos» — repitió Azún, con los ojos muy brillantes.

Dan le entregó un paquete. Azún rasgó la envoltura y se llevó un par de pitillos a la boca, ingiriéndolos con evidente satisfacción.

- «Sigrillos» estar buenos — alabó el smanriano al terminar —. ¿Tener líquido que calentar sangre?
- No. Lo siento — dijo Dan. Llevaba un frasquito de licor, pero lo guardaba para usos más necesarios que la satisfacción de un salvaje.
- ¿No «oesky? — Azún parecía decepcionado —. ¿no «kenia» ni «mrihoana»?

Dan suspiró. Alguien, en los últimos tiempos, había estado envenenando a los ingenuos nativos. Le gustaría sentarle la mano encima..., pero ahora su misión era muy distinta.

- Yo no bebo líquidos ni echo humo de marihuana — contestó —. Alegran de momento, pero luego *en*venenan y destruyen el cuerpo. — Entre dientes, masculló—. Bastante daño te hará el tabaco que te comes.
- ¿Qué decir tú? — preguntó Azún.
- Nada — respondió Dan—Quiero hacerte una pregunta.

—Hablar — indicó el smanriano.

- Estoy buscando a una mujer de mi raza—. Se llama Diana Curvet. ¿La has visto tu?

La amabilidad desapareció al instante del rostro de Azún. No expresó odio, pero si desagrado.

De pronto, sin contestar una sola pregunta, giró sobre sus talones y echó a correr, perdiéndose en la espesura de la selva en contados segundos.

Dan se quedó tan perplejo por la inesperada reacción del smanriano que cuando, a su vez, quiso reaccionar también, el hombrecillo se había perdido de vista,

Torció el gesto. Encontrar a Diana Curvet era muy importante para él.

¿Por qué huía el indígena? ¿Qué le había causado, al parecer, tanto miedo?

Al cabo de unos segundos de profundas reflexiones, llegó a una conclusión.

Azún sabía dónde se hallaba Diana Curvet. De lo contrario, ¿por qué huir apenas había escuchado el nombre?

Suspiró, mientras movía los hombros para acomodarse mejor la mochila. Acto seguido, reanudó la marcha.

Durante unos cien metros, pudo seguir el rastro del smanriano, pero después las huellas de sus pies desnudos desaparecieron por completo. Dan masculló algo entre dientes y siguió andando en la misma dirección.

Era cuestión de caminar unos diez kilómetros. Por terreno despejado, habría empleado dos horas; a través de aquella selva, tardaría tres o más horas en alcanzar la aldea de Azún.

Tres horas más tarde, se detuvo.

No había el menor rastro de aldea de nativos. Ni siquiera se veían en aquel claro las huellas de una aldea levantada apresuradamente, posibilidad en la que, en un principio, había llegado a creer Dan.

Pensó que Azún había avisado a los miembros de su tribu, pero un rápido examen del suelo le demostró que no había habido nunca nativos viviendo en aquel claro.

Se detuvo a descansar. Llevaba desde el amanecer caminando sin parar y eran ya las dos de la tarde. Había llegado el momento de tomar un bocado.

Se quitó la mochila, que depositó en el suelo, dejando el rifle al alcance de su mano. Abrió la tapa de la mochila y sacó una lata con la ración de una comida.

La lata disponía de una especie de cordoncito del que pendía una anilla. Tiró de éste y esperó unos momentos, mientras la pequeña batería individual hacía funcionar la resistencia eléctrica que calentaba los manjares.

Al terminar, la lata se abrió automáticamente. Sacó un tenedorcito de campaña y empezó a comer.

Mientras lo hacía, se preguntó cuál habría sido la suerte corrida por Diana Curvet. El estaba en Smanr, dispuesto a ganarse los cinco millones de recompensa ofrecidos por los directivos de la empresa de la cual Diana era directora y propietaria, aunque el primer cargo era más bien emérito.

Había conversado con los tres principales ejecutivos de la *Curvet Interplanetary Development,* los cuales le habían garantizado cinco millones si encontraba a Diana. Una cantidad muy importante, pero que, a su juicio, resultaba un tanto desmesurada.

Ninguno de aquellos tres sujetos le había agradado. A veces, Dan se dejaba llevar por su intuición y había podido darse cuenta de que los directivos de la C.I.D. habrían abandonado a Diana de muy buena gana. Al cabo de un cierto tiempo, Diana hubiera sido declarado muerta legalmente y ellos se habrían hecho con el control y propiedad absolutos de la empresa.

Pero querían encontrarla y estaban dispuestos a pagar cinco millones. Y Dan sabía que no era el único deseoso de ganarse la recompensa.

De pronto, algo frío y viscoso se le enrolló en torno a la garganta cortando en seco sus meditaciones.

Dan se quedó aterrado. ¡Estaba siendo atacado por una planta carnívora!

CAPÍTULO III

Los cajones con los obsequios, abiertos de par en par, continuaban intactos en medio del claro.

Sylda Otkins contempló el espacio vacío, a través de la encristalada ventana de su camarote particular. Tenía los brazos cruzados bajo el opulento seno y su mirada se hallaba perdida en el infinito.

Era una mujer en la plenitud de su belleza, uno de cuyos rasgos más destacados era el singular color leonado de sus cabellos, que mantenía impecablemente peinados en cualquier circunstancia, con un tocado semiclásico, parecido al peinado de las mujeres griegas de la antigüedad. Sus pupilas tenían un tono ambarino que, a veces, parecía despedir chispitas de oro.

Sylda estaba preocupada.

La actitud de los smanrianos era el principal motivo. Había otro, además.

Igor Poswer era un segundo circunstancial de la astronave, de la cual era ella copropietaria con el hombre que había desempeñado el papel de segundo de a bordo durante un tiempo, hasta que, de repente sin explicación alguna, se había despedido, desapareciendo sin dejar rastro.

Sylda no confiaba demasiado en Igor. En cambio, el oficial desaparecido era hábil y competente, cualidades que tampoco podían negarse a Poswer, pero, además, Sylda confiaba en aquél. En el momento actual, habría sido capaz de pagar una buena suma por poder contar con los servicios del segundo ausente.

Unos nudillos sonaron de pronto en la puerta de su camarote.

Saliendo de su estatismo, Sylda suspiró y giró sobre sus talones.

- ¡Adelante!

La puerta se abrió y la gigantesca figura de Poswer apareció bajo el dintel.

- ¿Puedo pasar, capitán? — preguntó.

La joven tenía dada orden de que se le diese el tratamiento correspondiente a su cargo y lo hacía cumplir a rajatabla, tanto por disciplina como por hacerse respetar. Era la única mujer en una tripulación de doce hombres y sabía lo que podía servir la disciplina en un momento dado.

- Por supuesto, señor Poswer. Entre y cierre — contestó.
- Gracias, señora. — Poswer titubeó un momento y luego preguntó —: ¿Podría saber cuáles son sus planes respecto a Diana Curvet?
- Los nativos escaparon aterrorizados apenas pronunciamos este nombre — respondió Sylda gravemente—. Me gustaría conocer los motivos.
- Bien, creo que algo podríamos saber organizando

una expedición hasta su aldea, ¿no le parece?
Sylda movió la cabeza hacia la ventana.

- Los cajones con los obsequios llevan dos días en el claro, sin que los smanrianos hayan aparecido a recogerlos siquiera. ¿Por qué actúan así?
- Creí que el jefe Lisel sería amigo mío — contestó Poswer, haciendo una mueca—. Confiado en ello...
- Usted ya tuvo tratos con él, ¿no es así?

Poswer sonrió ladinamente.

- Bueno, estuve una vez en Sman, si es eso lo que usted quiere saber, capitán — respondió —. Entonces era tercer oficial en la «Golden Sea».
- ¿Hizo buenos trueques en aquella ocasión?

- Podrían haber resultado mejores, señora. Pero yo soy un cabeza hueca y perdí en Thamisia hasta la suela de los zapatos.

Sylda sonrió débilmente. Había estado en Thamisia una vez y conocía la pésima fama de que disfrutaba aquella estación de relevo de las astronaves interestelares.

En Thamisia había una especie de zona franca, donde la ley y la moral brillaban por su ausencia. En aquel lugar, y siempre que se dispusiera de dinero, o de objetos apropiados para el cambio, podían encontrarse las cosas más dispares: desde un gramo de triheroína a una bella nativa de Shaelycia, de Aldebarán, planeta cuyas mujeres gozaban de poseer todas sin excepción, una hermosura legendaria. Naturalmente, el juego, en todas sus manifestaciones, no podía estar ausente de Thamisia y allí era donde Poswer debía haber perdido todos los beneficios conseguidos en el viaje mencionado.

- Es comprensible — dijo Sylda—. Pero, puesto que los indígenas no vienen a nosotros, debemos hacer algo o alguien se nos anticipará.
- ¿Qué sugiere usted, capitán? — preguntó Poswer.

Sylda arrojó una mirada preocupada a través del ventanal.

- A los directivos de la C.I.D. les interesa mucha hallar a Diana Curvet. Es un interés que no acaba de comprender del todo...
- ¿Por qué?
- Ofrecen cinco millones, pero obtendrían un beneficio mucho mayor dejando correr las cosas. Al cabo de un tiempo, podrían solicitar una declaración de muerte legal y la C.I.D. pasaría a sus manos limpiamente. Sin embargo, ofrecen una auténtica fortuna por su rescate.
- Bien, yo opino que no deben importamos los motivos de ese trío, sino lo que pagan. Y los muchachos, oréame, están ansiosos por obtener su parte da esta recompensa. No olvide usted, señora — agrega Poswer—, que son varios los capitanes de astronave que se han lanzado tras las huellas de

Diana Curvet. Si alguno la encuentra antes que nosotros… habremos perdido el tiempo y el dinero.

Sylda volvió a suspirar.

- Tiene usted razón, señor Poswer — convino —. Y en ese caso, he pensado que lo mejor que podemos hacer es emprender una exploración por nuestra cuenta.
- Una buena idea, capitán. ¿Cuáles son sus planes al respecto?
- Luego después de mediodía, si los nativos no han dado aún señales de vida, saldré en el bote auxiliar, acompañada de dos de los hombres. Usted se quedará al mando de la nave y guardará aquí nuestra vuelta.

Un relámpago de despecho brilló en los ojos de Poswer. No obstante, supo disimular su decepción tras una sonrisa cortés.

- Como ordene — respondió—. ¿Quiénes irán con usted?
- Fraserni y Duvern. Avíselos usted…
- Capitán, tal vez el profesor Schaffhaus quiere unirse a su expedición.
- En el bote no hay sitio para más gente, al menos, si se quiere mantener un mínimo de seguridad. No es lo mismo escapar en el bote de un grave peligro que pueda ocurrir en la nave, que viajar por los alrededores en misión exploratoria, en que se necesita un máximo de comodidad.
- El profesor podría exigirle una plaza en el bote. No olvide que abonó su pasaje.
- Sí — admitió ella de mala gana—. En tal caso, que se quede Duvern.
- Muy bien, capitán. ¿Algo más?
- No, salvo que espero se encargue de revisar el bote y colocar dentro los equipos de supervivencia y las armas. Sí, señora.

Poswer se despidió. Al quedarse sola, Sylda lanzó un profundo suspiro.

¡Cómo habrían cambiado las cosas de tener a su lado al otro

oficial!, se dijo. Tenía la impresión de que Poswer era taimado y rastrero, pero, en el momento de aceptar el encargo de la C.I.D., no había podido encontrar otro primer oficial.

Y sin primer oficial, la Policía de Astropuertos no le habría concedido la patente de vuelo. Así pues, se había visto obligada a aceptar a Poswer, del cual, sin embargo, no tenía queja hasta el momento, pese a sus aprensiones.

Pocas horas más tarde, el bote se hallaba fuera, esperándola.

Sylda salió de su camarote, tras haber ingerido una rápida comida y saltó al suelo. El profesor Schaffhaus y Fraserni se hallaban ya junto al bote.

- Buenos días, capitán — saludó el antropólogo—. La excursión promete ser interesante.

Sylda le dirigió una fría mirada.

- En efecto, pero le voy a pedir un favor — contestó.
- Estoy a sus órdenes, señora.
- Smanr es un planeta hostil, lleno de peligros de todas clases — declaró la joven—. Usted, pese a su reconocida fama, es hombre de poca o ninguna experiencia en esta clase de ambientes. Le ruego, pues, se atenga a las reglas en todo momento y que evite cuidadosamente todas las imprudencias. No deje de obedecer mis indicaciones o las del señor Fraserni, cualesquiera que sean; siempre serán por su bien... y el nuestro. ¿Ha comprendido?
- Si, señora — contestó Schaffhaus un tanto envarado.
- Gracias, profesor; eso es todo — dijo Sylda, haciendo una inclinación de cabeza—. ¿Fraserni?
- A su órdenes, capitán. El bote está listo — informó el tripulante.
- Gracias. Vamos.

Poswer se hallaba al lado del aparato.

- No dejen de comunicamos por radio cualquier cosa que ocurra, capitán — pidió.
- Lo tendré en cuenta, señor Poswer — respondió Sylda.

Momentos más tarde, el bote despegaba a una velocidad moderada, elevándose por encima de las copas de los árboles.

- ¿Hacia dónde, capitán? — preguntó Fraserni, que era quien manejaba los mandos.
- Ponga rumbo dos siete cinco relativo — ordenó la joven —. Volaremos a una marcha reducida; es preciso explorar detenidamente la selva.
- Sí, señora.

El bote volaba a pocos metros por encima de los árboles, que formaban una espesa capa que ocultaba prácticamente cuanto había por debajo de sus espesísimos ramajes. A fin de soslayar en parte tal inconveniente, Sylda dio orden de tener permanentemente conectado el detector de infrarrojos, que, mediante la emisión de rayos calóricos, señalaría al momento la presencia de cualquier ser animado y mucho más si se trataba de aglomeraciones humanas de cierta importancia.

Pasó media hora sin que hubiese ocurrido nada de particular. De pronto, una lámpara de señales, conectada con el detector de infrarrojos, empezó a emitir una serie de rápidos destellos.

- ¡Señales de vida animada, capitán! — exclamó Fraserni.
- Reduzca la velocidad y sitúe la fuente de emisión— Ordenó la joven.

Fraserni movió los mandos adecuadamente. El bote giró con cierta lentitud en la atmósfera.

- ¡Demonios! — exclamó Fraserni de pronto.
- ¿Qué pasa? — preguntó ella.
- Observo dos fuentes de emisión — respondió el piloto—. Una de ellas es muy intensa, aunque se halla a tres o cuatro kilómetros de nosotros.
- ¿Y la otra?
- Está casi bajo nuestros pies, pero es mucho más débil. Parece corresponder a la cantidad de calor que podría desprender una persona... o un animal de gran tamaño.
- ¿Cree usted que la primera puede corresponder a una

aglomeración humana, Fraserni?

- Es casi seguro, a menos que se trate de un gran rebaño de vacas smanrianas. Pero, en ese caso, habría pastores nativos cuidándolas y podríamos obtener de ellos alguna información.
- Está bien — contestó Sylda—. Guíe el bote hacia el primer rumbo y despreocúpese de la segunda fuente de calor. Posiblemente se trata del que despide algún tigre exadáctilo.
- Sí, lo más seguro — convino Fraserni.
- ¿Tigres exadáctilos? — preguntó Schaffhaus de pronto—. ¿Qué clase de fiera es ésa?
- Pues...

Sylda no tuvo tiempo de informar. El bote, de una manera repentina, se estremeció con fuerza y cayó de golpe.

- ¡Eh! ¿Qué diablos pasa aquí? — gritó Fraserni, luchando con los mandos del aparato.
- ¡Estamos cayendo! — gritó Schaffhaus, aterrorizado.

El bote descendía a gran velocidad, sin que sus ocupantes pudieran conocer las causas de aquel vertiginoso descenso.

- ¡Los cohetes de freno! — gritó Sylda.

Fraserni pulsó un botón. El aparato continuó cayendo.

- ¡No funcionan! — exclamó, lívido como un difunto.

El suelo se acercaba velozmente. La altura no era demasiado grande, pero sí lo suficiente para que el golpe pudiera tener consecuencias desagradables.

Para Sylda, los motivos de aquella avería resultaban incomprensibles. Pero era una mujer de rápidos reflejos y, ganando la acción al aturdido Fraserni, alargó la mano y presionó otro botón del cuadro de mandos.

Los paracaídas de freno saltaron, despedidos por los muelles que los impulsaban, y se desplegaron justo cuando el vientre del aparato rozaba ya las «opas de los árboles. Crujieron las primeras ramas **y** el bote atravesó la bóveda vegetal con un gran estruendo.

Entre los paracaídas y los árboles, la caída resultó notablemente

refrenada. Aún así, el golpe final no tuvo nada de placentero.

Sylda oyó muchos chasquidos en el interior del aparato. Saltaron un par de circuitos y brotaron unas ligeras humaredas. Fraserni cortó los contactos, a fin de impedir el incendio del cuadro de mandos.

Durante unos momentos, los tres ocupantes del aparato permanecieron aturdidos, tratando de rehacerse del doble golpe, físico y moral, que acababan de recibir. De repente, el profesor Schaffhaus lanzó un agudo grito:

- ¡Miren! ¿Qué es eso?

Sylda tendió la vista en la dirección que el científico señalaba con su mano. Inmediatamente, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

- ¡Ese hombre está a punto de ser devorado por una planta carnívora! — exclamó.

CAPÍTULO IV

Dan Lentz forcejeó por librarse de aquel viscoso tentáculo que amenazaba con estrangularle. Durante unos momentos, se sintió atacado por un pánico cerval.

Un tenue olor, dulzón y repelente al mismo tiempo asaltó su pituitaria. El miedo que le había acometido le impidió sentir náuseas.

Buscó el cuchillo que pendía de su cinturón. Era un arma singular, con una potente pero compacta pila escondida en el interior de su gran empuñadura. Hacía oficio de cuchillo ordinario, o, calentando la hoja al rojo vivo, como una especie de sierra eléctrica.

Un segundo tentáculo se enrolló en tomo al brazo, impidiéndole el menor movimiento. La potencia de aquellos tentáculos vegetales era fenomenal.

Desesperadamente, Dan trató de hallar una salida para la crítica situación en que se hallaba. Sabía que si no lo conseguía antes de un minuto, los brazos móviles de la planta le izarían en el aire, como si fuese un simple pelele y lo conducirían irresistiblemente hacia la corola, en la que, tras ser encerrado en una cárcel de espinas irrompibles, acabaría siendo disuelto por los jugos segregados por la terrible planta.

Estiró el brazo izquierdo, tratando de alcanzar el cuchillo con la otra mano. Casi tocaba ya el mango cuando un tercer tentáculo se le enrolló en tomo al cuerpo, pegándole el brazo al costado.

Dio un tremendo tirón. Era un hombre robusto, pero su fuerza no le sirvió de nada. Ni siquiera una excavadora mecánica habría

tenido la potencia suficiente para desarraigar la planta cuya base debía hallarse a diez metros de distancia por lo menos.

Aparte de ello, el tentáculo que tenía en tomo a la garganta empezaba a hacer presión y el aflujo de aire a sus pulmones disminuía sensiblemente. Dan se dio cuenta de que moriría asfixiado antes de llegar a la mortífera corola digestiva.

De repente, oyó un tremendo ruido a corta distancia. Algo chocó contra el suelo con gran impacto.

Un bote salvavidas de astronave apareció ante sus ojos, velados parcialmente por el dolor que sentía en la garganta. Hizo un nuevo esfuerzo, sin conseguir otra cosa que un aumento de la presión de los tentáculos vegetales en su cuerpo.

Un cuarto tentáculo se enrolló en tomo a su pierna derecha. La planta empezó a tirar de él. Dan se sintió izado en el aire, lenta pero irresistiblemente.

De pronto, vio que se abría la portezuela del bote salvavidas y que tres personas, dos de ellas armadas con dos rifles solares, salían del interior del aparato.

Un ronco gemido de alivio se escapó de sus labios ya amoratados. En aquellos momentos, sus noventa y tantos kilos de peso estaban a cosa de metro y medio sobre el suelo.

Oyó un agudo grito:

- ¡Fraserni, por la izquierda, rápido!

Sonó un leve chasquido, a la vez que brillaba un vivo relámpago. Uno de los tentáculos, limpiamente seccionado, cayó al suelo, retorciéndose como una serpiente encolerizada.

Dos tentáculos más surgieron de la espesura y se enroscaron alrededor de Dan. El joven lanzó un ronco gemido de dolor. La presión de los tentáculos era ya punto menos de irresistible.

- ¡Hay que buscar la raíz! — gritó Sylda.

Fraserni dio la vuelta. Ella lo hizo por el lado opuesto.

Dan se hallaba ya a cuatro o cinco metros de altura y se acercaba con irrefrenable movimiento hacia la corola digestiva del monstruo vegetal. Sylda corrió velozmente, salvó un matorral de un gran salto y quedó situada frente a la base de la colosal planta

carnívora.

El olor que despedía el vegetal, excitados sus jugos digestivos por la proximidad de la presa, resultaba nauseabundo y llenaba el ambiente por completo. A pesar de sus esfuerzos, Sylda se vio obligada a taparse la nariz con una mano.

El rifle solar era ligero y se podía manejar con una sola mano, en caso necesario. Los ojos espeluznados de Sylda contemplaron el horrendo espectáculo que ofrecían las enormes hojas de la planta, moviéndose con lentas ondulaciones, en espera de la presa que ya no tardaría mucho en caer en su interior.

Era una enorme bestia vegetal, de más de cinco metros de diámetro. Las hojas, anaranjadas, con largas espinas negras, que parecían de muerte, median metro y medio y dos metros y su grosor alcanzaba, en algunos lugares, veinte centímetros.

En el centro, se veía el depósito de los jugos digestivos, un estanque natural que medía dos metros de anchura por uno de profundidad. Lentas burbujas de gas afloraban a la superficie, rompiendo con sordos chasquidos, que estremecían los cuerpos de los presentes.

Fraserni disparó una descarga contra la base de la planta. Uno de los pétalos cayó de pronto y parte del líquido empezó a derramarse por el suelo herboso.

— ¡A la raíz, a la raíz! — gritó Sylda, uniendo la acción a la palabra.

La raíz era un enorme tronco oscuro, corto y rechoncho, de más de dos metros de grosor. Descarga tras descarga partió de los rifles solares, hasta que, de pronto, una especie de gemido inhumano, los pétalos y los tentáculos cayeron bruscamente a tierra.

Dan rodó por el suelo a pocos metros de la planta, quedando exánime unos momentos. En aquel instante, Sylda vio que el joven corría un nuevo peligro.

Los jugos digestivos se desparramaban lentamente por el suelo y avanzaban hacia Dan como una corriente mortal. Sylda sabía que el contacto con aquel hediondo líquido era dolorosísimo y producía quemaduras mucho peores que las que podía causar el ácido sulfúrico.

Con gran valor, corrió hacia Dan y le agarró por un tobillo.

- ¡Fraserni, ayúdeme!

El tripulante se lanzó a la carrera hacia ellos. Agarró el otro tobillo y tiró de él con fuerza.

Dan se sentía incapacitado para hacer el menor movimiento. Los estrujones de los enormes zarcillos le habían entumecido los músculos.

Segundos después, Dan se hallaba a salvo, en las cercanías del aparato siniestrado. El joven había recobrado en parte el conocimiento, pero aún se sentía muy débil.

Schaffhaus se inclinó sobre él y le dio de beber un sorbo de coñac.

- Ánimo, muchacho, esto no es nada — le animó con una sonrisa.

Dan asintió levemente. Ya empezaba a sentirse mejor.

Al cabo de unos momentos, pudo sentarse en el suelo. Entonces, recobrada por entero la visión, reconoció a la mujer que le había salvado la vida.

- Hola, Sylda — jadeó —. Gracias...

Ella le contempló con expresión muy próxima a la irritación.

- Tenías que ser tú, precisamente — contestó.
- ¿Se conocían ustedes? — preguntó Schaffhaus, asombrado.
- Sí — respondió Sylda—… Tengo esa mala suerte... aunque la de él puede considerarse como buena.
- Vamos, capitán—dijo Fraserni, que conocía la historia en parte—, no sea rencorosa. A fin de cuentas, el señor Lentz estaba en un serio apuro.
- ¿Y nosotros? — exclamó Sylda con rabia —. ¿Qué demonios le ha pasado al bote?

El aparato estaba a un lado, cubierto todavía en parte por los paracaídas de freno. Su panza se veía claramente abollada a causa del impacto de la caída.

- Sí — dijo Dan—, ¿qué les ha ocurrido?
- Los sustentores antigravitatorios se pararon de pronto — explicó Fraserni —. Es todo lo que puedo decir.

- Ni siquiera funcionaron los cohetes de freno
- agregó Sylda—. Perdón, no les he presentado todavía. El profesor Schaffhaus, Dan Lentz.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Dan hizo un esfuerzo y se puso en pie.

- Ya estoy bien — manifestó, mirando a la joven—. Gracias otra vez, Sylda.

Ella hizo un gesto de desdén.

- Lo mismo hubiera hecho por cualquiera otro — contestó secamente.
- No parece que sus relaciones sean demasiado buenas— comentó Schaffhaus en tono irónico.
- Será mejor que eche un vistazo al aparato — intervino Fraserni—. Venga conmigo, profesor.

Schaffhaus comprendió las intenciones del piloto y se fue con él. Dan y Sylda permanecieron a solas.

- No esperaba encontrarte aquí — habló él, tras un corto y embarazoso silencio.
- Lo mismo me ocurrió a mí — respondió ella.
- ¿Qué haces en Smanr, Sylda?
- No creo que eso te interese mucho, Dan. A juzgar por la velocidad con que escapaste de mi lado, mi futuro parecía tenerte sin cuidado.
- Tenía motivos para salir corriendo y tú los conoces muy bien—gruñó él.
- Es posible — admitió Sylda —. No digo que sienta haberte salvado la vida, pero la verdad es que no me siento demasiado complacida por haber vuelto a encontrarte.
- Me imaginaba que dirías algo por el estilo — replicó Dan —. En fin, mi gratitud no se ha atenuado un ápice, a pesar de todo. De no haber sido por tu oportuna aparición, ahora estaría siendo digerido por la planta.
- Fuiste demasiado descuidado — le acusó ella—. Eso no se comprende en un hombre de tus cualidades.

- Estaba fatigado — contestó Dan—. Había caminado durante todo el día y eso me hizo descuidar las precauciones.
- ¿Caminar? — Sylda frunció el ceño—. ¿Cómo llegaste a Smanr?
- En una astronave, claro; pero la dejé muy lejos de este lugar. A dos días de marcha a pie, concretamente.
- ¿Por qué tanta distancia, Dan?
- Eso son cosas mías, muchacha — respondió él en forma evasiva—. Bueno, como estoy viendo que mi presencia no te agrada mucho, lo mejor será que continúe mi camino. Gracias otra vez y... ¡adiós!

Sylda se mordió los labios.

Su primer impulso fue llamar al joven, pero se contuvo de inmediato. Un sentimiento de orgullo y amor propio le impedía hacer el menor gesto para detenerle.

Vio que Dan se colgaba la mochila de los hombros y que recogía su rifle. El joven volvió la cara un instante y le dirigió una amistosa sonrisa. Luego, girando sobre sus talones, emprendió la marcha.

En aquel instante, Fraserni asomó por la escotilla del bote.

- ¡Capitán, este maldito cacharro no funciona! — informó a voz en cuello.

Sylda ya no se pudo contener en esta ocasión.

- ¡Espera, Dan! — gritó.

CAPÍTULO V

Sylda, Fraserni y Schaffhaus esperaban fuera de la nave. El

silencio era absoluto.

Al cabo de un rato que les pareció interminable. Dan asomó por la escotilla.

- No hay nada que hacer — diagnosticó—. El impacto ha sido demasiado fuerte y ha destrozado los sistemas de conexión de la unidad propulsadora con la direccional.
- Eso significa que podríamos elevarnos... —dijo Sylda descorazonadamente.
- Pero ascenderíamos en línea recta, hacia nuestro cénit, y continuaríamos volando... eternamente, sin posibilidad alguna de regresar a la superficie de Smanr.

Sylda inclinó la cabeza.

- ¿Quieres decir que estamos perdidos? — murmuró.
- Por supuesto que no. La situación es grave, aunque no irremediable.
- Usted dijo antes que su nave está a dos días de marcha — exclamó Fraserni.
- La mía está más cerca — habló ella—. ¿Cuánto tiempo estuvimos volando?
- Media hora, aproximadamente, señora — respondió Fraserni.
- Volábamos a unos noventa kilómetros — calculó la joven —. Lo cual quiere decir que ahora estamos a cuarenta y cinco kilómetros de mi nave.

—Día y medio de marcha, en las mejores condiciones— opinó Dan—. Sin embargo, creo que la aldea de los smanrianos está a pocos kilómetros de aquí.

Sylda se extrañó.

- ¿Ibas tú en busca de esa aldea?—preguntó.
- Sí.
- En el momento de sufrir el accidente, nuestro detector de infrarrojos había captado una gran aglomeración humana. Es posible que tengas razón, Dan.
- Mejor para todos — sonrió él—. Los smanrianos son gente

amable, salvo cuando se les formula una pregunta.

- ¿Cuál es, Dan?
- Prefiero no contestar, por el momento, Sylda.

Ella sonrió un poco.

- Las coincidencias se siguen acumulando. Dan. A nosotros también nos pasó algo semejante. Les preguntamos por... Diana Curvet y escaparon como alma que lleva el diablo.

Dan respingó.

- ¿Cómo? ¿Tú también buscas a esa chiflada?
- Encontrarla me representará una recompensa de cinco millones, Dan. ¿Es que tú no buscas lo mismo?
- Sí, pero...
- Pues procura darte prisa, porque el capitán Lester, de la «Zna»; el capitán Wykleff, de la «Ural X» y el capitán Beamont, de la «Mame», también andan a la busca de Diana Curvet y de los cinco millones que los dirigentes de la C.I.D. ofrecen por su rescate.

Dan no dejó de captar el tono de despechada ironía que flotaba en las palabras de la joven. Sin embargo, esto no le preocupaba demasiado.

- ¿Por qué quieren encontrar a esa chica? — preguntó, como si hablase consigo mismo—. ¿No te parece que lo más sencillo, dada la naturaleza de Smanr, sería darla por muerta y quedarse lindamente con la recompensa?
- Así parece, pero no es — contestó Sylda. Levantó los ojos al cielo—. Todavía queda bastante luz, Dan. Puedes emprender la marcha cuando gustes.
- Un momento—terció Fraserni—. Capitán, permítame que sea franco. Sus rivales me importan un rábano, pero mi vida sí me importa mucho, y teniendo al lado al señor Lentz me sentiré mucho más seguro.

—Cierto, pero si encontramos los dos a Diana Curvet, exigirá cuando menos la mitad de la recompensa, con lo que su parte de la

misma, Fraserni, quedará también reducida a la mitad.

- Si salvo la vida — contestó el piloto, decidido —, aun esa suma me parecerá algo que me encuentro graciosamente.
- No conozco al señor Lentz — intervino Schaffhaus—, aunque, por lo que acabo de oír, me parece persona de gran experiencia. En una situación semejante, la unión vale mucho, señora Otkins.

Ella hizo un gesto de desagrado.

- Supongo que debo acatar los deseos de la mayoría— contestó, encogiéndose de hombros—. ¿Qué dices tú, Dan?
- Encontraremos primero la aldea de los smanrianos. Luego resolveremos sobre la conveniencia de seguir o no juntos.
- Una vez que sepamos algo sobre Diana Curvet, podremos separarnos de nuevo — decidió ella—. ¿Te pareos bien?
- Por mí, no hay inconveniente.
- Entonces, no se hable más — decretó la joven—. Vamos a prepararlo todo para reanudar la marcha en seguida.

Un cuarto de hora más tarde, estaban listos para partir. Dan, sin embargo, se hallaba muy extrañado por la insólita avería que había provocado la caída del bote.

- Todo aparecía en orden — comentó, mientras rompían la marcha—. Los estropicios que he podido apreciar se deben al impacto. En apariencia, sin embargo, no hay motivos para el fallo del sistema sustentador. ¿Cuál es tu opinión, Sylda?

Los labios de la joven se contrajeron de pronto. Miró hacia atrás, viendo que los otros dos caminaban a cierta distancia.

- Estaba pensando en mi nuevo segundo — comentó en voz baja—. No tengo nada que demostrar en contra suya, salvo la sensación de que no es hombre de fiar.
- ¿Quién es? —preguntó Dan.
- Igor Poswer. ¿Le conoces?

Dan movió la cabeza, a la vez que torcía el gesto.

—¿Cómo se te ocurrió contratarle? — rezongó.

- Porque me quedé sola cuando tú te marchaste sin decir adiós siquiera — respondió Sylda en tono desabrido—. No dejaste ni una nota, explicando tus motivos...
- Harto los conoces tú, Sylda—. cortó él, también con mal humor—. Fue lo mejor que pude hacer y creo que, en el fondo, estás de acuerdo conmigo.
- Pudiste haber seguido como segundo de la «Audax». Al menos, hubieras sido leal conmigo — se quejó la joven.
- Eso es cierto, pero te gusta mandar demasiado,
- Soy el capitán de mi nave, ¿no?
- Eso no tiene que ver. Siempre he obedecido tus órdenes, como las de cualquier otro capitán de astronave. El ansia de dominio a que me refiero es muy otra, Sylda.
- A ti te gustaría tenerme como tu esclava y eso es, precisamente, lo que yo no deseo, Dan.
- Bien sabes que no es así — gruñó el joven—. Sin embargo, lo mejor será que no sigamos por este camino. Continuemos siendo compañeros... y olvidemos lo que hubo pasado entre ambos.

La voz de Sylda se tensó de pronto.

- ¿Crees que podemos olvidarlo Dan?— preguntó— .Hemos sido el uno para el otro...
- Basta — cortó él—. No quiero seguir hablando más sobre el tema. Insisto en que debemos olvidarlo.
- Si yo fuese tan cuidadosa de mi buena fama como otras mujeres, mis motivos de resentimiento serían aún mayores— Se lamentó Sylda.
- Está bien, está bien, lo siento. ¿Qué más puedo decirte? Lo pasado, pasado está, Sylda, no le demos más vueltas.
- Sí, tienes razón— contestó ella secamente—. Hablábamos de Poswer, si mal no recuerdo .¿Qué me dices de ese tipo?
- No es de fiar—declaró Dan—. Sé que una vez estuvo complicado en un motín espacial, aunque no se le pudieron probar los cargos. También sé que es un cliente habitual de Thamisia y que hace contrabando con los smanrianos y con

cualesquiera nativos de esta zona de la galaxia. Las patrullas del coronel Delage tienen un especial interés en atraparle con las manos en la masa, créeme.

Ella se estremeció.

- Le prohibí que diera licor y drogas a los smanrianos— dijo —. Tal vez por eso provocó la avería en el bote, confiando en que nos estrellásemos. De ese modo, podría quedarse con la nave y piratear a su gusto.
- Tal vez —convino él—. De momento, sin embargo, llegar a la aldea es más urgente... porque la tenemos más cerca, claro.
- ¿Qué harás si no encuentras a Diana Curvet? — preguntó ella ávidamente.
- Volver a mi nave, por supuesto.
- Tu participación en la «Audax» continúa en vigor, Dan.
- Lo sé, y recogeré los intereses cuando llegue la hora. Pero aunque siga siendo copropietario, no por ello pienso volver a embarcar como primer oficial.
- Mientras yo siga siendo su capitán, ¿no es cierto? — dijo ella despechada.
- Hablando en sentido estricto, eso importa poco, salvo por el hecho de que tendríamos que estar juntos, Sylda. Nuestra reunión ha sido accidental; dejemos que las cosas sigan como hasta ahora.
- ¡Qué insigne terco! — suspiró la joven.

Dan no quiso decir nada y continuó caminando. Ella le observó un par de veces a hurtadillas. Era observadora y adivinó lo que él estaba pensando en aquellos momentos .

«Volverás», pensó, con una ligera sonrisa en los labios.

Tres horas más tarde, hicieron alto al borde de un extenso claro.

- Bueno —dijo Dan—, según mis cálculos, la aldea nativa tenía que estar aquí.
- ¿Cómo lo sabes? — preguntó ella.
- La detecté desde la estratosfera y marqué su situación — explicó Dan.

- Pero... no lo entiendo... — dijo Sylda, desconcertada—. En tal caso, ¿por qué aterrizaste tan lejos?

—Por la sencilla razón de que quería sorprender a los smanrianos. No estaba seguro de que no huyesen al verme caer sobre ellos inesperadamente.

- Pues tu ardid no te ha servido de nada... Es decir, si la aldea estaba aquí.
- Estaba — afirmó él—. Mira.

Sylda siguió con la vista la dirección que Dan le indicaba con la mano. No tardó en divisar algo que centelleaba, caído entre la maleza.

Era una piedra, que parecía de vidrio, de irnos cinco centímetros de grosor. Sylda corrió hacia ella, pero cuando la iba a coger con la mano, Dan detuvo su gesto.

- ¡Quieta! ¡No toques esa piedra! — ordenó.

Ella se volvió para mirarle, sumamente extrañada de la prohibición.

- ¿Qué te pasa, Dan? ¡Es un diamante auténtico! — exclamó.

Fraserni y Schaffhaus se habían acercado a la pareja. El primero dijo de pronto:

- ¡Eh, miren! ¡Hay más piedras preciosas esparcidas por la hierba!

Era cierto. Numerosas gemas se divisaban por todas partes, emitiendo destellos de una intensidad increíble.

- ¡Los smanrianos estaban aquí! — dijo la joven—. Se sabe que poseen grandes minas de piedras preciosas de todas clases y las entregan como moneda corriente en sus intercambios. ¿Por qué no vamos a poder aprovechamos de éstas que han dejado abandonadas?

- Espera un momento — contestó Dan, cuya frente estaba surcada de profundas arrugas.

Se quitó la mochila de la espalda y levantó la tapa. Hurgó en su contenido y, al cabo de unos segundos, sacó dos objetos.

Uno de ellos consistía en una caja oblonga, que parecía un pequeño receptor de radio. El otro eran unas pinzas de veinte centímetros de longitud.

Cogió el brillante con las pinzas y lo acercó a la cajita. Inmediatamente se oyó un fuerte chisporroteo.

—¡Está radiactivada! — exclamó Sylda, sin poder contenerse.

- Mira la aguja — indicó Dan—. El contador está a punto de saltar. ¿Sabes lo que te habría sucedido, de haber cogido con las manos este diamante? Te habría abierto un agujero en la piel en menos de veinticuatro horas y antes de una semana, habrías muerto sin posibilidad de salvación.

Sylda se asustó.

- ¡Dios mío! ¿Cómo puede ocurrir una cosa semejante? — exclamó.

Dan arrojó el diamante lejos de sí.

- Lo ignoro, pero, en todo caso, tengo la seguridad de que los smanrianos lo sabían y que dejaron estos diamantes aquí como una trampa mortífera para quienes quisieran apoderase de ellos.
- Pero ¿por qué, Dan, por qué? Son analfabetos, ignorantes, con la mentalidad de un chiquillo...
- Y la astucia innata de irnos seres que se desenvuelven en un medio siempre hostil. Posiblemente, saben que estos diamantes radiactivados son mortíferos y han adquirido ese conocimiento por tristes experiencias, de la misma forma que aprendieron a construirse sus armas primitivas. Una cosa es cierta — concluyó Dan, mirando en tomo suyo—, y es que ellos han desaparecido y que no tenemos medios de conocer su actual paradero.

— Y Diana Curvet también ha desaparecido — manifestó ella sombríamente—. ¿Dónde se la habrán llevado?

Ninguno de los presentes supo contestar a aquella pregunta.

CAPÍTULO VI

Estaban cansados, después de casi día y medio de marcha, sin otro alto que unas pocas horas para dormir durante la noche.

— Ya no puede faltar mucho para llegar a la «Audax» — dijo Sylda con voz fatigada.

Dan asintió. La marcha de vuelta no había sido fácil.

Por dos veces habían tenido que luchar con sendas plantas carnívoras. En otra ocasión, un tigre exadáctilo había estado a punto de darles un serio disgusto y sólo la rapidez de reflejos de Dan había evitado el desastre en el último momento.

La selva no daba señales de acabarse nunca. Era un mar vegetal que se abría ante ellos y se cerraba en el acto a sus espaldas.

No habían vuelto a hallar el menor rastro de los smanrianos. Dan empezaba a pensar que su misión había fracasado por completo.

De pronto, Fraserni lanzó un agudo grito:

- ¡Una bolsa de gas!
- Las máscaras, pronto — exclamó el joven.

Delante de ellos se alzaba una nube de humo verdoso, que se movía lentamente. Actuando con gran rapidez, se colocaron las máscaras.

Era preciso evitar una sola inhalación de aquel gas, cuyos efectos resultaban mortíferos. Las caretas cortaron el peligro en el acto.

Atravesaron la bolsa sin otro contratiempo. Las propias máscaras llevaban incorporado un analizador de atmósfera, que les señaló el momento propicio para poder quitárselas.

Sylda sacudió la cabeza al despojarse de aquel molesto adminículo.

—¡Uff, qué condenado planeta! — se quejó —. No viviría yo aquí por todo el ero del mundo.

—Y, sin embargo, has venido a buscar oro — dijo Dan en tono incisivo.

- Oye, no irás a decirme que estás aquí por placer, ¿verdad? —Contestó ella, picada.
- Siento un notable interés por conocer los verdaderos motivos que impulsan a tres hombres a pagar nada menos que cinco millones de recompensa por una dama casquivana y alocada, cuando podrían ahorrárselos bonitamente. Eso es todo, Sylda.

—No trates de hacerme comulgar con ruedas de molino, Dan. Tus motivos no tienen nada de altruistas.

— Bastantes más que los del trío directivo de la C.ID., aunque no te lo creas — respondió él—. Pero, en fin, eso no...

Un agudo grito le interrumpió de pronto.

- ¡Socorro!

Los dos jóvenes se volvieron al mismo tiempo.

- Dios mío! — se aterró Sylda.

Fraserni había caído en un pozo de arenas movedizas, disimuladas bajo una espesa capa de hierba. El desdichado se movía epilépticamente, tratando de salir de aquella trampa mortal.

Schaffhaus dio un par de pasos hacia delante, con la intención de alargarle una mano y ayudarle a salir. Dan saltó hacia el científico y le apartó de un empellón.

- ¡Fuera! — bramó—. ¿Es que quiere morir también?

Los gritos de Fraserni eran desgarradores. La velocidad de

succión de las arenas movedizas era increíble.

Dan trató de quitarse el cinturón para ayudar al desdichado. En el mismo momento, algo onduló por fuera de aquel fango semilíquido, atacándole con la velocidad del rayo.

Una cabeza triangular golpeó en su bota derecha. Tan veloz como el animal, Dan la pisoteó con el otro pie, aplastándola antes de que sus dientes hubiesen tenido tiempo de hacer presa firme en el cuero.

El joven se puso pálido. Conocía la voracidad y la potencia de los gusanos que habitaban en las arenas movedizas, cuyos dientes, tan duros como el pedernal, eran capaces de atravesar una plancha de madera de cinco centímetros de grueso con la mayor facilidad del mundo.

Los dientes estaban impregnados de una saliva tóxica, no mortal de inmediato, pero que envenenaba la sangre y causaba estragos en el cuerpo humano. Muchos de los atacados acababan por sucumbir a una mordedura de aquellos feroces anélidos.

Otro gusano surgió de las arenas movedizas. Parecían serpientes por la forma y el tamaño, gruesos como la muñeca de un hombre y largos de hasta dos metros. Sólo los distintos segmentos anulares los diferenciaban morfológicamente de los reptiles comunes que conocían.

Dan abrasó al gusano con una descarga de su rifle solar. Pero, al igual que Sylda y Schaffhaus, tuvo que retirarse a prudente distancia del pozo.

Impotentes para salvarle, contemplaron la horrible agonía del infeliz Fraserni. Los gritos que emitía el piloto helaban la sangre en las venas. Bajo la agitada capa de arenas movedizas, los gusanos le estaban devorando cuando todavía vivía.

El horrendo espectáculo no duró mucho, sin embargo. Fraserni fue absorbido por las arenas movedizas en menos de un minuto.

Aterrada, temblando de pánico, Sylda se dejó caer al suelo. Las piernas se negaban a sostenerla.

La joven ocultó el rostro entre sus manos. Todo su cuerpo era un puro temblor, de pies a cabeza.

Dan se arrodilló junto a ella y le rodeó los hombros con un brazo.

- Vamos, vamos — murmuró a su oído—, procura calmarte.

Todo ha pasado ya… por desgracia.

Schaffhaus tenía el rostro pálido como la cera.

- Jamás pude imaginarme una cosa así — comentó al cabo de unos momentos—. Y pensar que yo… que yo también estuve a punto de caer en ese horrible pozo.

Miró al joven.

- Debo pedirle disculpas, señor Lentz — dijo—. En el primer momento, pensé mal de usted, pero ahora veo que tenía razón.
- Smanr es un planeta traicionero en sumo grado— contestó el joven—. Vamos, Sylda, es hora de seguir.

Ella asintió. Ayudada por Dan, consiguió ponerse en pie.

- ¿Cómo pudo caer Fraserni en ese pozo? — preguntó—. Nosotros lo habíamos rebasado ya y…
- Fue cuestión de suerte — explicó Dan—. Él caminaba un poco a la izquierda. Si hubiese seguido nuestro mismo camino, aún estaría con vida.

Las hierbas se cerraban de nuevo sobre las arenas movedizas. Un resplandor de cólera brilló en los ojos de Sylda.

- Si averiguo que Poswer fue el culpable de la avería del bote, le acusaré de asesinato ante el coronel Delage —exclamó con rabia.
- Ya veremos — dijo Dan—. Por el momento, lo importante es alcanzar la nave. Sigamos.

Caminaron durante un buen rato todavía, sintiendo sobre sí la tremenda impresión de la muerte de Fraserni. Ahora se sentían envueltos en un ambiente hostil, que deprimía y enervaba sus ánimos.

- Creo que acabaré renunciando a la recompensa — dijo Sylda de pronto —. Si a Diana Curvet le gusta vivir en Smanr,

mejor para ella.

- Todavía no ha llegado el momento de abandonar la empresa — alegó Dan—. Ten un poco de paciencia, te lo ruego.

Ella asintió. Caminaba asida al brazo de Dan, cuyo contacto la confortaba no poco.

De súbito, cuando menos lo esperaban, oyeron un sonido sumamente extraño.

Dan se detuvo y aprestó su rifle. Sylda se situó a su lado.

- ¿Qué es eso, Dan? ¡Parecen... tambores!
- Yo diría más bien que tienen todo el sonido de los antiguos tam-tams de la selva africana — opinó Schaffhaus.
- Caminaremos con precaución, es lo mejor que podemos hacer—sugirió Dan.

A medida que ganaban terreno, el sonido aumentaba de volumen. De repente, al atravesar un grupo de arbustos muy espesos, contemplaron una escena que les pareció increíble.

Hallábanse al borde de un extenso calvero de la selva smanriana, en el que había más de un millar de nativos entregados a lo que parecía una enloquecida orgía. Los menudos individuos, de ambos sexos, saltaban y se agitaban frenéticamente, procurando acompasar sus movimientos, aunque no siempre lo conseguían, al ritmo de los tam-tams que eran golpeados con furia por más de cuarenta manos.

Dan no había presenciado jamás una escena semejante. Aunque alegres, hospitalarios y comunicativos, los smanrianos habían poseído cierto comedimiento natural, que les hacía aparecer envueltos en una dignidad poco común. En aquella ocasión, sin embargo, parecían haberse despojado de todas sus inhibiciones y se portaban como auténticos salvajes celebrando Dios sabía qué clase de misteriosa y bárbara fiesta.

El joven no tardó en averiguar los motivos de la singular alegría de los smanrianos. En un rincón del claro divisó una larga hilera de barrilitos provistos de sendos grifos de metal, a los cuales acudían los indígenas, provistos de potes de lata, con notoria frecuencia. Llenaban el recipiente, lo apuraban de un trago y volvían corriendo

a saltar y a bailar y a aumentar la ensordecedora algarabía con sus gritos y cánticos ininteligibles.

Nadie se cuidaba de los barrilitos de licor; cada cual se servía a discreción, de tal forma, que ya no era extraño ver a muchos smanrianos tendidos por el suelo, víctimas de una abyecta embriaguez, de la que incluso participaban las mujeres y los niños.

Los únicos que parecían serenos eran los que golpeaban los tam-tams, cuyos dibujos, de vivos colores, les hacían parecer como salidos de alguna tribu centroafricana. No obstante, de cuando en cuando, uno de los músicos salía corriendo para ingerir su correspondiente dosis de licor, hecho lo cual volvía a su tam-tams, que golpeaba de nuevo con redoblado vigor.

Frente a los tambores de la selva, había una especie de estatua envuelta en pieles, puesta en pie y sujeta a una estaca clavada en el suelo. Los smanrianos parecían concentrar el furor de su danza en tomo a la estatua cuyos rasgos no se podían adivinar a causa de las pieles que la cubrían, aunque a juzgar por su estatura parecía que los smanrianos habían tomado como modelo a un terrestre.

Dan, Sylda y el profesor Schaffhaus se quedaron atónitos ante aquel asombroso cuadro. No había siquiera señales de las cabañas de troncos y bálago que los smanrianos solían habitar. En aquellos momentos, la cuestión de su alojamiento parecía preocuparles bien poco.

- Pero ¿qué les ha pasado? — preguntó Sylda, estupefacta.
- Sencillamente, que alguien les ha servido licor en abundancia, más del que pueden ingerir todos, bebiendo sin parar durante dos días — contestó Dan con voz dura.

Sylda volvió los ojos hacia el joven. Creía adivinar quién era el autor de aquel desaguisado.

- ¿Poswer? — murmuró, sin atreverse al alzar la voz, como si ella también fuera culpable de lo que estaba ocurriendo.

Dan no respondió. Sus ojos brillaron de súbito.

Acababa de reconocer a uno de los danzantes.

- ¡Azún! — gritó.

CAPÍTULO VII

La poderosa voz de Dan resonó por encima de aquella fenomenal barahúnda de alaridos y cánticos de bacanal. Los smanrianos sin embargo, no les prestaron ninguna atención, salvo el aludido, quien detuvo sus frenéticas contorsiones en el acto.

Dan saltó hacia Azún y le agarró por un brazo, retirándole de aquel maremágnum de cuerpos que no cesaban de agitarse un solo instante.

El indígena estaba por completo borracho, pero, aun así, Dan creyó adivinar en su rostro que todavía le quedaba un rastro de conocimiento.

- Azún, contéstame — rugió el joven, zarandeándole con fuerza—. Escucha un momento, por favor.

Azún le contempló con ojos turbios y sonrisa estúpida.

- ¿Qué querer tú? — tartajeó con voz espesa—. ¿Por qué interrumpir diversión?
- Escúchame — insistió Dan—. Te salvé la vida el otro día. ¿Es que ya no lo recuerdas? Dijiste que me debías gratitud...
- Yo no acordar bien— contestó Azún.

Sylda pensó que el smanriano mentía con todo descaro, pero prefirió abstenerse de intervenir. El instinto le dijo que Dan era el que mejor podía resolver aquel problema.

- No mientas — gruñó Dan—. Te acuerdas muy bien.

¿Quién os dio esos barriles de agua-que-calienta-la-sangre?

- Un hombre con gran barba en cara. —Azún reía alegremente—. Ser buen amigo nuestro...
- ¡Maldito Poswer! — exclamó la joven, sin poder contenerse.
- Cállate — rezongó Dan—. ¿Qué le habéis dado vosotros a cambio?
- Eso no importar. Nosotros hacer trato... y él dar agua-que-calienta-la-sangre... mucha, mucha...
- Se llama licor, pedazo de tonto — dijo Dan, enfadado—. Bueno, ¿dónde está el hombre de la gran barba? Su nombre es Poswer.

Azún señaló el cielo con el brazo.

- Marchar. Muy contentos todos. Él, los suyos y nosotros, quedar hechos grandes amigos. Dentro de poco, volver y traer más licor. Entonces, nosotros dar más...

El smanriano se calló de pronto.

- Sigue, Azún — le apremió el joven.
- Basta, no querer hablar más. Dejar que yo seguir con diversión — contestó Azún, visiblemente inquieto.
- Un momento todavía. La última pregunta, Azún, por favor.

Los ojos del nativo brillaron maliciosamente.

- Ah, ya recordar — dijo—. Tú buscar una mujer de tu raza.
- Sí —exclamó Sylda, vivamente—. ¿Dónde está, Azún? ¿La has visto tú?
- Venir — contestó Azún.

Giró sobre sus talones y se abrió paso por entre la espesa marea de danzantes. Sin dejar de caminar, habló por encima del hombro:

- El hombre de la gran barba ser muy bueno. El dar tambores para tener música.

Dan se enojó de nuevo.

- Sylda, ¿qué clase de gente llevabas a bordo de la «Audax»? ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta de que embarcaban varios miles de litros de licor? ¿Y esos veinte tam-tams? ¿Es que estuviste últimamente en el antiguo Congo?
- No — contestó ella —; hace años que no he estado en África. En cuanto al licor…

Se calló de repente, sin saber qué decir.

- ¿No era Duvern tu sobrecargo? — preguntó Dan a gritos.
- Sí. Él se encargaba de la estiba de la carga… Confiaba en él — se lamentó Sylda.
- Pues es evidente que estaba en connivencia con Poswer y que embarcaron todo este contrabando, incluidos los tambores, sin que te dieras cuenta de ello. Sabían que ibais a venir a Smanr, ¿no es cierto?

Sylda asintió con gesto desmayado. No comprendía lo que estaba sucediendo.

Llegaron junto a la hilera de tam-tams. Dan apartó bruscamente a uno de los indígenas y agarró el instrumento, examinándolo con todo detenimiento.

- Ya me suponía yo algo por el estilo — masculló, enseñando a sus dos compañeros la base del enorme tambor —. Conque tam-tams del Congo, ¿eh?

La leyenda que figuraba en la cara inferior del instrumento era explícita por sí misma: *Made in Japan.*

- Estos japoneses no pierden una — comentó irónicamente, devolviendo el tam-tams a su propietario—. Sigue tocando, hijo; una de las dos pieles se romperá pronto; no sé si la tuya o la del tambor. Azún, ¿qué hay de la mujer de mi raza? — preguntó, volviéndose hacia el smanriano.
- Venir — contestó Azún, cuya borrachera parecía haberse disipado en buena parte.

Azún se acercó a la estatua envuelta en pieles. Sacó un cuchillo de su cinturón y cortó las sogas que sujetaban la envoltura.

Las pieles cayeron al suelo. En seguida, Sylda lanzó un grito de horror.

Dan retrocedió un paso, impresionado a su pesar por el esqueleto que había surgido al caer las pieles, cuyos huesos aparecían completamente limpios y con una blancura resplandeciente. Colgando de las vértebras del cuello, se veía un medallón, suspendido de una gruesa cadena de oro.

- Ésa ser la mujer de vuestra raza — rió Azún con júbilo—. Nosotros guardar sus huesos, porque proteger a la tribu.

Dan reunió fuerzas y se acercó al esqueleto, al que quitó el medallón, que era de oro y brillantes. Regresó junto a sus compañeros.

—Es el esqueleto de Diana Curvet, no hay duda — dijo—. Los directivos de la C.I.D., al proporcionamos su fotografía, nos hicieron reparar en esta joya.

Sylda movió la cabeza en gesto afirmativo.

- ¡Pobre muchacha! — exclamó —. Venir a este planeta, para acabar pereciendo Dios sabe de qué horrible manera.

En aquel momento, no pensaba siquiera en la recompensa que habían perdido.

Dan se volvió hacia el smanriano.

- Azún, ¿de qué murió...?

Se cortó de repente.. Azún había corrido hacia los barriles y estaba llenando un pote de estaño. Una vez hubo terminado, se llevó el recipiente a los labios y bebió su contenido de un solo trago. Al terminar, se desplomó al suelo, como herido por un rayo.

Furioso, Dan levantó su rifle, con intención de abrasar los barriles. Pero la joven se lo impidió con gesto rápido.

- No lo hagas — aconsejó—. No pueden emborracharse mucho más... y podrías ponerles furiosos.
- Suspiró—. El mal está hecho ya.

- Sí — reconoció Dan, poniendo el seguro al arma—. Poswer ha envenado a estos infelices, a cambio de algo que espera le producirá sustanciosos beneficios.

—Y no olvides tampoco que se llevó mi nave— añadió Sylda.

- La mía está bien guardada — declaró el joven—. Nos costará dos días de marcha, pero la alcanzaremos y aún creo que llegaremos a tiempo de echar el guante a ese bergante.
- Si lo encuentras, claro está.

Dan sonrió.

- ¿Es que no te imaginas dónde puede haber ido, después de haber conseguido aquí un suculento botín?
- ¿Thamisia?
- Exactamente. Allí iremos... y enviaremos a los directivos de la C.I.D. un espaciograma desde la estación interestelar, participándoles el hallazgo de los restos de Diana Curvet. Supongo — añadió Dan—, que ahora sí se frotarán las manos de gusto.
- O no, porque, de lo contrario, no nos habrían prometido cinco millones por su rescate — recordó el joven, a la vez que lanzaba un profundo suspiro—. Y, la verdad, eso continúa preocupándome.

Lanzó una ojeada en tomo suyo. El número d# cuerpos que había tendidos en el suelo aumentaba a cada instante.

- El alcohol está haciendo estragos en ellos — murmuró.
- No podemos evitarlo ya — dijo Sylda—. ¿Por qué no nos retiramos a un lado y descansamos? Mañana, al amanecer, habremos de continuar la marcha.
- Es una buena idea, señora — admitió el profesor—. Separémonos de esta algarabía.

La joven caminó delante, haciendo saltar en la palma de la mano el medallón que habían cogido del esqueleto, el cual continuaba presidiendo la fiesta con su descamada sonrisa.

Dan se estremeció otra vez al mirar aquel conjunto de huesos.

Aquello era todo lo que quedaba de una mujer de singular belleza.

Con gesto fatigado se desprendió de la mochila y, sentándose en el suelo, empezó a sacar los víveres. La mitad de los tam-tams ya no tocaban en aquellos momentos.

Los smanrianos que aún quedaban en su sano juicio encendieron hogueras en torno al improvisado campamento. La noche se acercaba con rapidez.

Una de las hogueras, la de mayor tamaño, fue encendida frente a los restos de Diana Curvet. Mientras los terrestres cenaban, se suscitó la discusión acerca de la conveniencia de enterrar el esqueleto.

A Sylda le parecía una monstruosidad que los huesos de Diana sirvieran como ídolo para aquellos salvajes. Dan tuvo que convencerla para que no cometiese una imprudencia.

- No tengo ganas de que se pongan a bailar en tomo a los míos ni a los tuyos — terminó su discurso.
- Podría ofrecérsele algo bueno a Azún, a cambio de ello — sugirió Sylda.
- Azún no es el jefe de la tribu. Además, ¿qué íbamos a darle? ¿Media docena de paquetes de cigarrillos? No puedes competir con un barril de licor, desengáñate.

Schaffhaus no intervenía en la discusión. Fumaba apaciblemente, mientras contemplaba con gesto pensativo las llamas de una hoguera cercana.

Poco a poco, los ruidos fueron extinguiéndose hasta que, al fin, cesaron por completo cerca de la media noche. Para entonces, todos los smanrianos se hallaban sumidos en el pesado sueño de la embriaguez.

Sylda acabó por dormirse también, lo mismo que Schaffhaus. Dan, en cambio, permaneció despierto durante más tiempo.

Otro de los temas debatidos durante la cena había sido el botín que Poswer había obtenido a cambio del licor. La discusión había durado cierto tiempo, sin que ninguno de los tres hubiese llegado a un acuerdo. Hastiado y enojado, y pensando en las dos duras jornadas de marcha a pie que les aguardaban hasta su nave, Dan terminó por dejar de lado sus amargas reflexiones y logró al fin conciliar el sueño.

Varias horas después, un grito de Schaffhaus les despertó a ambos.

- ¡Eureka! — gritó el antropólogo, sentándose en el suelo de repente.
- ¿Qué le pasa ahora, profesor? — preguntó Dan, de mal talante, por haber sido despertado de manera tan brusca.

Los ojos de Schaffhaus brillaban de un modo raro en la oscuridad.

- Eureka es una palabra griega que significa «lo encontré» — declaró, con radiante sonrisa.
- ¿Y qué es lo que ha encontrado usted, si *s»* puede saber?— murmuró Sylda con voz soñolienta.
- El botín que Poswer recibió a cambio del licor, señora Otkins.
- ¿Cree que eso puede importamos mucho ya? — preguntó la joven.

— ¡Por supuesto! Nos interesa muchísimo, ya que lo que Poswer se llevó consigo en la nave no fue oro ni piedras preciosas, sino a una linda y casquivana mujercita que responde al nombre de Diana Curvet.

CAPÍTULO VIH

El sueño huyó al instante de los párpados de Dan Lentz. Apartó a un lado la manta con que se cubría y, gateando, se acercó al científico.

- ¿Cómo diablos puede asegurar una cosa semejante?—

quiso saber.

- Había algo en ese esqueleto que me intrigaba de sobremanera, aunque, de momento, no conseguía averiguar qué era — respondió Schaffhaus, sin dejar de sonreír—. Ahora sí lo sé. Ese esqueleto no es el de Diana Curvet, sino el de algún pobre desdichado que... Bien, eso no nos importa ahora...
- Profesor — cortó Sylda—, sería mejor que se explicase con claridad para todos. ¿Por qué asegura usted que Diana está viva? ¿Es que puede diferenciar el esqueleto de un hombre del de una mujer?
- ¡Ya lo creo! Y por un único y simple detalle: los huesos de su pelvis, que son más estrechos en la mujer que en el hombre.

Dan se quedó atónito.

- ¡Rayos! ¡Si eso es cierto...!
- Lo es — insistió Schaffhaus, poniéndose en pie—. Vengan conmigo, por favor.

Los dos jóvenes le siguieron en el acto. Aún había bastante rescoldo en la hoguera para ver con claridad, sobre todo teniendo sus pupilas habituadas a las tinieblas.

Schaffhaus sacó del bolsillo una cinta métrica. Realizó unas cuantas mediciones, a la vez que pronunciaba un discurso lleno de citas eruditas sobre anatomía y antropología y, finalmente, se volvió hacia Sylda.

- Señora Otkins, usted recibió una especie de «dossier» con todos los datos personales de Diana Curvet, ¿no es cierto?
- En efecto, así es.
- ¿Recuerda usted su estatura?
- Sí. Medía un metro sesenta y ocho centímetros.

Schaffhaus sonrió satisfecho. Utilizó de nuevo la cinta métrica y luego se volvió hacia la pareja.

- Este esqueleto pertenece a un hombre que medía alrededor de un metro setenta y seis centímetros — declaró.

Sobrevino un momento de silencio. De repente, Dan giró sobre sus talones y corrió hacia el lugar donde tenía su mochila.

- ¿Adónde vas? — preguntó Sylda, intrigada por su extraña actitud del joven.

Dan se arrodilló en el suelo y empezó a hurgar en la mochila.

- Sería mejor que empezasen a prepararlo todo — dijo, sin volver siquiera la cabeza—. Partiremos dentro de diez minutos.

Sacó irnos objetos de la mochila y se puso en pie.

- Voy a buscar a ese condenado Azún — manifestó, encendiendo la linterna eléctrica.

En la mano izquierda, llevaba un frasquito de metal, de forma plana.

Intrigada, Sylda le siguió. Dan alumbraba con su linterna los rostros de los smanrianos, a quienes ,el licor había hecho caer en un profundísimo sueño.

No tardaron mucho en dar con Azún. Estaba caído al pie de uno de los barriles y roncaba estrepitosamente.

Dan lo zarandeó sin compasión, hasta que el nativo abrió los ojos torpemente.

- ¿Qué querer tú ahora? — preguntó con voz estropajosa—. ¿Por qué estropear sueño?

Dan decidió dar de lado cualquier escrúpulo. Las circunstancias no lo permitían.

Levantó en alto el frasquito de metal.

- Licor — dijo.

Azún alargó la mano hacia el recipiente, pero Dan lo retiró con gesto rápido.

- Antes contesta a mis preguntas — dijo—. Si eres franco, te lo daré entero.

- Sí, yo hablar claro...—contestó Azún, con los ojos inflamados por el deseo—. ¿Qué querer saber tú?
- Primero, ¿qué le disteis a Poswer a cambio del agua-que-calienta-la-sangre?
- La... mujer que vivía con nosotros...

Dan cambió una mirada de inteligencia con Sylda. Ella asintió brevemente.

- ¿De quién era el esqueleto que quisisteis hacernos pasar por el de Diana Curvet? — siguió Dan.
- Pertenecer a un hombre que viajar en nave de estrellas. Nosotros dar cuerpo a gusanos de arenas movedizas y...
- ¡Basta, por favor! — cortó Sylda, sintiendo náuseas.
- Poswer asesinó a uno de sus propios tripulantes, con objeto de conseguir sus turbios fines — dijo Dan ceñudamente —. Con toda seguridad, debía de tratarse de alguno que no estaba de acuerdo con él. Ése es otro crimen del que habrá de responder ante las fuerzas del coronel Delage.
- Desde luego — convino la joven—. Pregúntale ahora adonde se llevaron a Diana. Estoy segura de que partieron en dirección Thamisia, pero creo que nos conviene aseguramos del todo.
- Muy bien — repuso Dan—. Azún, dime, ¿dónde se llevaron a la mujer?
- No estar seguro — contestó Azún—. Yo oír hablar que gente de Zakkar esperar en Thamisia, pero no saber más.
- ¿Qué? —chilló Dan—. ¿Has dicho Zakkar?

Sylda se puso pálida al oír aquella palabra.

- Si Diana llega a Zakkar, ya no la veremos nunca más — habló desmayadamente.

Azún alargó su manecita y se apoderó del frasco de licor, que Dan le cedió ahora sin la menor resistencia.

- Vamos, Sylda — dijo con voz sombría.

Regresaron a su campamento. Schaffhaus les esperaba

ansiosamente.

- ¿Qué han conseguido? — preguntó.
- No sé si llegaremos a tiempo — respondió el joven—. Al parecer, Poswer tenía planeado esto de antemano...
- O se le ocurrió al ver a Diana — atajó Sylda—. Los zakkarianos pueden pagar impunemente cuatro veces más que los directivos de la C.I.D. por una mujer hermosa como Diana Curvet. Contempladas las cosas desde el punto de vista de Poswer, encuentro lógico que haya querido sacar un mayor beneficio de la operación.
- Pero ¿qué pasa con esos... zak... zakka... cómo han dicho que se llaman? — preguntó Schaffhaus, bastante intrigado.
- Zakkarianos. De Zakkar, un planeta de este mismo sistema estelar, en el que todavía existen cosas tan olvidadas en la tierra como los harenes y los mercados de esclavas.

Schaffhaus se quedó con la boca abierta al oír aquellas palabras.

- ¿Es imposible? — preguntó atónito.

Dan empezó a cerrar su mochila.

- Y tan cierto como que nos encontramos ahora en Smanr — contestó con amargura.
- Pero eso va contra la ley y las costumbres morales— alegó el profesor.
- Esa ley y esas costumbres morales de que usted habla son cosas inexistentes en Zakkar — dijo Dan—. Lo malo es que las patrullas del coronel Delage no pueden intervenir en casos como el presente.
- ¿Por qué? — quiso saber Schaffhaus.
- Porque la Confederación de Sistemas Solares permite que cada planeta pueda regirse según sus propias leyes. Y las de Zakkar admiten la compra y venta de mujeres jóvenes y hermosas, aunque si usted necesita una cocinera vieja y experimentada, y, por supuesto, tiene dinero suficiente para pagarla, también la encontrará.
- Pero Diana no está en Zakkar. O estaba en el momento de

su supuesta venta — arguyó Sylda.

- Si consiguen llevársela desde Thamisia, ¿cómo desembarcar luego en Zakkar para probar su venta? —replicó Dan—. Incluso Delage tendría que prohibirte que desembarcaras en ese maldito planeta.
- Eso significa que hemos de correr mucho para llegar a Thamisia a tiempo, Dan.
- Si llegamos — contestó él, colgándose la mochila de los hombros.
- Y el coronel Delage, ¿no puede intervenir tampoco en Thamisia? — quiso saber Schaffhaus, cuya ignorancia acerca de las atroces costumbres de aquel sistema estelar era notoria.
- Se permitió la existencia de Thamisia precisamente para no permitir otras cosas peores fuera de esa ciudad — declaró Dan.
- En resumen, que es un foco de infección moral, perfectamente aislado y localizado, cuyos moradores está constreñidos a desenvolverse en el interior de un determinado círculo, sin poder salir de él.
- Así es — corroboró Sylda—. Eso es Thamisia, profesor.

— Y allí es donde vamos a ir nosotros... con las mínimas esperanzas de conseguir encontrar a Diana Curvet — afirmó Dan, desanimado.

* * *

Las naves aterrizaban en el exterior de la ciudad libertina.

Dan hizo descender la suya suavemente, sobre el suelo del astropuerto de Thamisia. Los edificios de la ciudad se divisaban a menos de dos kilómetros de distancia.

Movidas las naves por antigravedad, las maniobras de aterrizaje y despegue eran sumamente fáciles. No había alaridos de los chorros en plena acción, ni tampoco surgían de las toberas ríos de fuego y humo. Las operaciones se realizaban con suma sencillez y sin el menor ruido.

El astropuerto pertenecía a la zona franca de Thamisia. Había una enorme cantidad de astronaves estacionadas en el suelo. No

existía control de ninguna clase; cada cual llegaba o despegaba cuando o como mejor le parecía, sin preocuparse de otra cosa que no fuera evitar la colisión con alguna nave. La libertad absoluta, en Thamisia, no se reducía tan sólo a una mera frase retórica.

Una vez se hubo posado la nave en el suelo, Dan se equipó para salir. Hebilló en torno a sus caderas un cinturón, del que pendía una pistola solar, cuya funda había modificado durante el viaje, a fin de asegurar una rápida extracción del arma, en caso necesario. En el costado izquierdo llevaba un fenomenal cuchillo de monte que casi parecía un sable.

Luego se echó al bolsillo un grueso fajo de billetes de la Confederación. Era una moneda manejable, pero pesada, ya que la mitad de la trama de su tejido estaba constituida por hilos de oro puro. Aquellos billetes circulaban por cualquier parte de la Galaxia y eran dinero que se admitía sin discusión en todos los lugares.

El viaje les había costado cuatro días: dos caminando a pie por las selvas de Smanr y otros dos por el espacio. Las últimas cuarenta y ocho horas les habían resultado muy útiles para descansar convenientemente de las duras penalidades sufridas en el viaje a pie.

Dan saltó al suelo, seguido de sus dos compañeros. Sylda dio un par de pasos en dirección a la ciudad.

- Vamos — dijo, impaciente—. No podemos perder un minuto.
- Aguarda—rogó Dan—. Creo que, contrariamente a lo que estás pensando, sí podemos perder no uno sino también diez o quince minutos.
- ¿Por qué dices eso, Dan? — preguntó Sylda extrañada.
- Ahora lo verás — respondió él—. Sígueme.

CAPÍTULO IX

Era rara la nave que no tenía pintados en sus costados los más absurdos y disparatados emblemas, manifestaciones de los extraños caprichos de su propietario. Toda ellas, sin embargo, puesto que se movían en un espacio controlado por las patrullas de vigilancia interestelar, tenían sus distintivos de identificación, sin los cuales corrían riesgo de ser detenidas y aun destruidas sin apelación, caso de negarse a obedecer los requerimientos de las fuerzas de Delage.

Las búsqueda no duró mucho. Antes de un cuarto de hora, Dan se detuvo ante una astronave, en cuyos costados había pintada una mujer, tan hermosa como escasa de vestidos. Los signos de identificación delataban su origen.

— ZK-416-010 — leyó Dan. Y explicó — : Las dos primeras letras consonantes corresponden al planeta de origen. Así pues, si los smanrianos dispusieran de astronaves, su íniciales serían un S y una D. Y las tres cifras finales me indican que se trata de un zakkariano de alto rango.

- Una matrícula baja, ¿eh? — gruñó Schaffhaus.
- En efecto — convino el joven.

De repente, la escotilla de la nave se abrió y un hombre apareció ante los ojos de los terrestres.

- ¿Qué hacéis vosotros aquí?—preguntó el zakkariano de mal talante.

Era un hombretón tremendo, de tez cetrina, ojos negros, pelo

rizado y nariz ancha y aplastada. Un arete de oro pendía de su oreja derecha y toda su vestimenta consistía en unos simples pantalones cortos.

El benigno clima de Thamisia permitía la ligereza en la indumentaria.

- Perdona, amigo — contestó Dan, en tono apaciguador—. Estaba buscando al dueño de esa nave. Tengo algo bueno que ofrecerle. —Y le guiñó un ojo con gesto de complicidad, a la vez que movía un poco la cabeza hacia la joven.

El zakkariano sonrió también.

—Comprendo— dijo.

- ¿Cómo se llama tu jefe? — preguntó Dan.
- Tobry... el honorable Tobry-Than.
- ¿Puedes decirme dónde se aloja en Thamisia?

Al mismo tiempo que hablaba, Dan había sacado el fajo de billetes del bolsillo y lo enseñaba con moderada ostentación.

El zakkariano picó.

- Está en el hotel de los Mil Soles — respondió, alargando la mano hacia los billetes.

Dan retiró el fajo.

- Un momento, buen amigo—dijo—. Antes quiero que me completes el favor.
- ¿De qué manera? — preguntó el sujeto con cierto recelo.
- ¿No podrías enviarle un mensaje radiado al hotel, avisándole de mi presencia y de mis deseos de celebrar una entrevista con él? — sugirió Dan —. Creo que esto contribuiría a facilitar las cosas, ¿no te parece?
- ¿Y si no está en el hotel? En Thamisia hay muchos sitios donde uno puede divertirse, ¿no crees?
- Bueno, siempre tomarían nota del recado en la recepción — alegó el joven, abanicándose el rostro con los billetes.
- Está bien, lo haré — contestó el vigilante, volviéndose hacia dentro.

Dan saltó a la escotilla inmediatamente detrás del zakkariano. Éste se volvió, justo a tiempo para recibir en plena mandíbula el devastador impacto del puño de Dan, disparado con todas sus fuerzas.

El zakkariano se desplomó sin sentido. Sylda y Schaffhaus se quedaron atónitos en un principio, aunque no tardaron en comprender las intenciones del joven.

Dan se metió dentro de la nave. Regresó cinco minutos después.

- Ya está — dijo, arrojando al suelo el todavía inerte cuerpo del zakkariano, sin la menor ceremonia.

—¿Qué has hecho? — preguntó Sylda, atónita.

- Convertir esa nave en un montón de chatarra. El honorable Tobry-Than no podrá despegar de Thamisia... al menos, con la rapidez que posiblemente piensa ejecutar su retirada.
- Suponiendo que ese Tobry-Than sea el comprador de Diana—alegó Sylda.
- Hemos de correr ese riesgo — respondió Dan, cargando con el cuerpo del zakkariano.

Momentos más tarde, el vigilante quedaba encerrado en uno de los camarotes de la nave de Dan.

- Ahora ya podemos dirigirnos tranquilamente hacia la ciudad — manifestó, ajustándose el cinturón de modo mecánico.

Serpentearon por entre las naves estacionadas, hasta salir a terreno despejado. Veinte minutos más tarde, alcanzaban los primeros edificios de la ciudad.

Thamisia era una urbe de construcción anárquica, en la que se divisaban casas construidas con los más distintos estilos arquitectónicos. La animación en sus calles, de trazado irregular, era extraordinario.

Lo que más se veían eran casas de juego y tabernas, de todas las clases y categorías, desde las que estaban montadas en simples tenderetes construidos con lonas y unos palos, hasta las que

relucían de mármoles y granito thamisiano, en cuya composición entraba un alto porcentaje de oro. Hombres y mujeres de todos los colores y razas pululaban por las calles de Thamisia, constituyendo una abigarrada nota de color, que proporcionaba, a primera vista, un atractivo singular al ambiente.

Toda clase de tratos podían establecerse en aquella ciudad del vicio. Siempre que se dispusiera del dinero suficiente, había facilidad para adquirir cualquier cosa, desde un sencillo lápiz hasta los servicios de un asesino profesional.

- Pero toda esta atracción y colorido local encierran bajo su capa dorada una profunda corrupción — dijo Sylda, disgustada.
- ¿Es que no hay forma de cortar este foco de infección moral? — preguntó el científico.
- Por ahora, no — contestó Dan—. Es cierto que Thamisia es un antro de vicios, pero, al menos, el foco está localizado. No se extingue, pero tampoco se extiende... y salvo algunos excesos verdaderamente reprobables, no se puede obligar a los tripulantes de astronaves, después de un largo y muchas veces peligroso viaje, un poco de diversión. Sucede lo mismo que con ciertos barrios portuarios de la Tierra en otros tiempos.
- ¡Pues si yo gobernara la Confederación, haría clausurar esta cueva de ladrones! — exclamó Sylda, muy acalorada—. Por cierto — se volvió hacia el joven—, parece ser que me has usado como cebo con el zakkariano. ¿Quién te dio permiso para actuar de esa manera?

Dan sonrió.

- Bueno, cuando el pez lo está pidiendo, es preciso dárselo.
- De modo que me comparas con un gusano— dijo ella, picada.
- En todo caso, un gusano de muy buen ver — rió Dan, acompañado por Schaffhaus—. ¿No quieres ganarte cinco millones? Algo hay que arriesgar, ¿no te parece?
- Sí, pero...

Un sujeto de aspecto repelente se les acercó entonces. Vestía ropas limpias, aunque usadas y sus ojos negros brillaban de modo siniestro.

—¿Tienen algún enemigo del que quieran deshacerse? — preguntó, acariciando con la mano izquierda el mango de un puñal que pendía de su cinturón—. Racq se lo eliminará, rápida y silenciosamente. Soy barato — añadió con escalofriante acento.

- Gracias, pero nosotros nos matamos nuestras propias pulgas — se apresuró a contestar Sylda, antes de que Dan pudiera atajarla.

El asesino profesional pareció sentirse ofendido. Dirigió una maligna mirada a la joven y se retiró a la esquina, en donde permanecía, esperando a que alguien quisiera contratar sus servicios.

Poco más adelante, Dan dijo:

- Debiste haberte comportado con más comedimiento, Sylda. En Thamisia es preciso ser un poco diplomático. Ahora te has creado un enemigo sin necesidad.
- Parece que conoces muy bien esta ciudad del vicio — contestó ella en tono agrio.
- He viajado mucho por el espacio. Tú lo sabes bien— declaró Dan con paciencia.
- Demasiado — dijo Sylda en tono cáustico—. Y en mi nave, una porción de años.
- En nuestra nave — le corrigió él.
- ¡Ese amor que se tienen no morirá nunca! — comentó Schaffhaus con ironía.
- ¡Profesor, yo detesto a este hombre!—protestó Sylda con furia.
- Y a mí, ella me repugna — gruñó Dan —. A veces, envidio a Tom Otkins. ¡Hay que ver lo tranquilo que está en su tumba!
- ¿Quién era Tom Otkins? — preguntó el científico.
- El esposo de Sylda. Descansa en paz, y no es una frase hecha, desde hace siete años. Ella tenía entonces sólo veintiuno, pero los dos que vivió Tom a su lado fueron un

puro infierno.

- No mientas, Dan Lentz — dijo ella evocadoramente—. Tom y yo fuimos muy felices, bien lo sabes. Como también sabes que, durante mucho tiempo, me sentí incapaz de mirar a otro hombre.
- Hasta que apareció el señor Lentz... — dijo Schaffhaus.

Sylda apretó los labios y no quiso seguir hablando. Schaffhaus y Dan se miraron y sonrieron.

Continuaron su camino. A veces, resultaba difícil abrirse paso entre la espesa muchedumbre que atestaba algunas de las calles de Thamisia.

De repente, sonaron dos disparos. La gente se dispersó rápidamente.

Un hombre quedó en el centro de la calzada, desangrándose en el suelo. Su agresor miró a todas partes con gesto desafiador.

- Me insultó y tuve que disparar contra él — exclamó—. ¿Sucede algo?

Parecía como si formulase la pregunta directamente al trío. Sylda se había oprimido instintivamente contra el joven.

Dan respondió:

- Nuestra política es de no mezclamos en los asuntos de los demás, amigo. Si tiró contra ese sujeto, sus razones tendría, digo yo.
- Así está bien — contestó el asesino con gesto torvo, a la vez que enfundaba el arma utilizada, una anticuada pistola automática de pólvora.

Luego, giró sobre sus talones y se alejó de aquel lugar.

Entonces, el presunto asesinado se incorporó y arrojó un pesado cuchillo contra su agresor. El arma se le clavó al otro en el centro de la espalda, hasta la empuñadura.

El hombre se desplomó, fulminado. El que había recibido los balazos se levantó, dio dos pasos y volvió a caer, esta vez definitivamente.

Sylda se estremeció, agarrándose al brazo de Dan con gesto

convulso. Dan sacudió la cabeza.

- Tenías razón cuando dijiste antes que convenía un buen barrido en esta puerca ciudad — murmuró, disgustado por lo que acababa de ver.

CAPÍTULO X

El hotel de los Mil Soles estaba construido íntegramente con granito thamisiano. Las minúsculas partículas de oro, mezcladas con el cuarzo y la sílice, prestaban un aspecto refulgente a la fachada del edificio, cuya puerta parecía más defendida que servida por dos gigantescos porteros, vistosamente ataviados.

Dan, Sylda y el profesor cruzaron el umbral. Todos conocían establecimientos similares, pero el lujo de aquel hotel sobrepasaba a cuanto habían visto hasta el momento.

El mostrador era una tabla de oro macizo, detrás del cual se encontraba un remilgado encargado de la recepción. A fin de evitar molestias por parte de los huéspedes demasiado belicosos, el recepcionista estaba protegido por dos feroces guardaespaldas, armados con sendas pistolas solares.

Dan se acercó al mostrador. Schaffhaus quedó a un paso, junto a Sylda.

— Busco al honorable Tobry-Than, de Zakkar — dijo, depositando sobre el mostrador cinco billetes—. ¿Puede indicarme en qué habitación se encuentra?

El recepcionista hizo desaparecer los billetes con gesto hastiado.

- Ha salido — contestó.
- ¿No puede indicarme dónde se encuentra en este momento? — preguntó Dan.
- ¿Para qué lo busca?

Dan le guiñó un ojo, a la vez que movía la cabeza levemente hacia la joven. El recepcionista esbozó una sonrisa.

- El honorable Tobry-Than no dejó dicho dónde pensaba ir...

Dan suspiró y puso sobre el mostrador otros cinco billetes.

—... aunque yo creo — prosiguió el empleado —, que en estos momentos se halla en el Arcadia. Suele ir allí todos los días a jugarse un par de millones.

Dan se estremeció. Aquel salvaje se jugaba dos millones a diario... ¡cuando ellos lo que se jugaban era la vida por sólo cinco!

- Está bien, amigo — contestó, componiendo una sonrisa de circunstancias —. Gracias por la información.
- No hay de qué, señor.

Dan abandonó el mostrador.

- Vámonos — dijo a sus compañeros.

Salieron del hotel.

- Nuestro hombre está en el Arcadia — explicó el joven.
- ¿Qué es eso? — preguntó Schaffhaus.
- El mejor local de juego de Thamisia, profesor. Las fichas menores son de cinco mil.

Schaffhaus silbó por lo bajo. Extrañada, Sylda preguntó:

- ¿Por qué buscamos a Tobry-Than en lugar de buscar a mi traidor primer oficial?
- Azún habló de Zakkar, ¿verdad? Que nosotros sepamos, Tobry-Than es el único zakkariano que se encuentra en Thamisia en estos momentos.
- Sí, pero si Poswer le vendió a Diana...

—Precisamente por eso vamos a buscar a Tobry-Than—la atajó el joven.

Reanudaron la marcha. Dan había estado un par de veces más antes en Thamisia y conocía perfectamente la ciudad.

De pronto, al doblar una esquina, tropezaron con una pareja que caminaba haciendo eses y entonando atroces canciones tabernarias.

La mujer reía estrepitosamente, colgada del brazo de un individuo, que enarbolaba una botella con la mano izquierda.

- ¡Apártese, estúpido! — gruñó Schaffhaus, molesto—. ¡Beba y diviértase todo lo que quiera, pero no machaque los callos de los demás!
- ¡Oi... ga! — tartajeó el beodo—. ¿Quién... quién le ha pisad...?

De repente, Sylda lanzó un chillido.

- ¡Duvern!

Dan emitió una maldición. También había reconocido al juerguista. Era el sobrecargo de la «Audax».

A Duvern se le pasó la borrachera de golpe al reconocer a los propietarios de la nave. Apartó a la mujer de un manotón y lanzó la botella contra Dan, a quien sabía peor enemigo que los demás.

Dan recibió el impacto en un hombro, ya que se había ladeado oportunamente. La botella cayó al suelo y se rompió con tremendo estrépito.

Duvern giró sobre sus talones y quiso huir. Dan saltó tras él.

La mujer se le agarró a un brazo, refrenando su movimiento. Dan maldijo a la mujer, mientras procuraba desasirse.

— ¡Párese, Duvern! — gritó—. ¡Párese o disparo!

Sylda comprendió que debían evitar la huida del traidor sobrecargo. Actuando decididamente, se acercó a la mujer, la asió por el hombro derecho y la hizo girar un poco. Acto seguido, disparó su puño derecho, estrellándolo contra su mandíbula.

Ella cayó al suelo cuan larga era. Dan aprovechó la ocasión y se lanzó tras las huellas de Duvern.

A pesar de todo, el alcohol y las orgías de los días precedentes habían entumecido los músculos del sobrecargo. Dan consiguió darle alcance y, tras sujetarle por el cuello de su blusa, le hizo girar en redondo.

Duvern intentó sacar una pistola que llevaba pendiente de su cinturón. Dan le golpeó en la mejilla, lanzándole contra una pared próxima. Duvern rebotó y cayó de cara al suelo, aunque sin perder el conocimiento.

El joven se inclinó y le puso en pie a viva fuerza. Tras despojarle del arma, que pasó inmediatamente a manos de Sylda, le zarandeó con terrible fuerza.

- ¿Dónde está Poswer? — preguntó—. ¡Contesta o te mato aquí mismo!

Duvern se asustó. Había volado con el joven y conocía de lo que éste era capaz en un momento determinado.

Tragó saliva ruidosamente.

- Es... está en el Arca... Arcadia — balbució.
- ¿Y la chica, Diana Curvet?
- Eso... eso no lo sé...
- Pero os la llevasteis de Smanr, ¿no es cierto?

Duvern asintió en silencio.

- ¿Se la ha vendido a Tobry-Than? — siguió el joven.
- To... todavía creo que no... Igor pide bastante y... y Tobry-Than... regatea mucho... Por favor, suélteme, señor Lentz — gimió el traidor sobrecargo.

Dan se separó un paso. Duvern levantó la mano y se la pasó por la cara.

- Usted ha venido a estropearnos la fiesta—se quejó.

Dan frunció el ceño.

- Para estar en Thamisis se necesita mucho dinero— observó—. Y si Poswer no ha cobrado todavía el importe de la venta de Diana, ¿de dónde habéis sacado todo el que estáis gastando aquí?
- Bueno, los... los smanrianos nos... nos obsequiaron también...
- ¿Con qué? — preguntó el joven.

Duvern esbozó una sonrisa llena de malicia.

- Hay allí muchas piedras preciosas...

- ¡Dios mío!

La exclamación había brotado de los labios de Sylda. Dan sintió frío al escuchar la respuesta del sobrecargo.

- ¿Ha dicho diamantes smanrianos? — preguntó.
- Sí — Duvern metió la mano en el bolsillo y sacó uno del tamaño de un huevo de paloma—. Mire, por éste me dan varios miles de... ¿Qué diablos les pasa? — preguntó, al ver la expresión de horror que se formaba en los rostros de sus tres captores.

En voz baja, Dan dijo:

- Abre más la mano, Duvern. No te importe soltar ese diamante... pero enséñame la palma de la mano.

Atónito, el sobrecargo obedeció. Bajó la vista y s* contempló la mancha gris, de forma aproximadamente circular, que tenía en el centro de la palma d« la mano.

- ¿Qué... qué diablos es esto? — preguntó—. Hace dos o tres días que me salió... Me pica bastante...
- ¿Acariciabas ese diamante con mucha frecuencia?— preguntó Dan.
- Pues... sí. Me gustaba su contacto.

Dan volvió los ojos hacia sus acompañantes. Schaffhaus movió la cabeza en sentido negativo.
— ¿Qué ocurre? — chilló Duvern, lívido como un difunto.

- Ese diamante posee una tremenda dosis de radiactividad, Duvern — contestó el joven.

El sobrecargo estuvo a punto de desmayarse.

- Entonces... ¿estoy perdido? — gimió.

Dan no contestó, como tampoco dijeron nada Sylda ni Schaffhaus. Pero el silencio del trío era por demás elocuente.
Un ronco alarido se escapó de los labios de Duvern. Enloquecido

por el pánico, echó a correr, lanzando agudos gritos de terror. En unos segundos, se perdió de vista, sin que la gente, acostumbrada a escenas parecidas, diese demasiada importancia al incidente.

Sylda estaba asimismo muy pálida.

- Los smanrianos me regalaron un puñal de esmeralda— dijo, con voz desfalleciente.

—¿Lo tuviste mucho tiempo encima? — preguntó él, preocupado.

- No, apenas diez minutos. Luego... lo dejé..., lo dejé en la caja de caudales de la nave.
- ¿Cuánto tiempo lo tuviste en tu camarote?
- Ni un momento siquiera, Dan.
- Entonces, considérate a salvo. La radiactividad no tuvo tiempo de dañarte. En otro caso, ya habrías notado los primeros síntomas. — Sombríamente, Dan añadió —: Duvern morirá dentro de tres días.

Sylda se estremeció.

- Pero ¿cómo es que los smanrianos consiguen sobrevivir? — exclamó.
- Tal vez posean una inmunidad natural y, una de dos: o ignoran ese maligno poder de sus gemas o, si lo saben, las entregan de buena gana, a fin de evitar posteriores visitas, cuando menos, de índole interesada. Pero todo esto nos lo podrá aclarar Diana Curvet cuando la encontremos, ya que ella residió en Smanr durante más de un año. ¡Sigamos!

Poco después, avistaron el Arcadia.

La casa de juego apenas cedía en lujo al hotel. Lo único que no era lujoso, en ocasiones, eran las ropas de algunos de los asistentes. Pero este detalle no importaba; uno podía vestir de la forma que más le agradase, con tal de llevar la bolsa bien provista.

Los vigilantes y los guardaespaldas eran casi tantos como los clientes, a quienes vigilaban con ojo atento y expresión recelosa. Lo normal, sin embargo, era una cierta corrección; allí, lo que se quería era jugar y ganar dinero, aunque esto era ya más difícil de

conseguir.

La clientela atestaba casi por completo el local, dividido en numerosas salas, en las cuales se practicaba toda clase de juegos de azar. Dan y sus dos acompañantes atravesaron sala tras sala, con la intención de buscar tanto a Poswer como al zakkariano.

Al primero le conocían de sobra. En cuanto al segundo, su aspecto tenía que resultar, a la fuerza, inconfundible.

De pronto, cuando ya empezaban a desesperar de su empeño, Sylda agarró con fuerza el brazo del joven.

— ¡Mira, Dan! — Sylda tuvo la suficiente serenidad para no alzar con exceso la voz—. ¡Diana está allí, con Tobry-Than!

CAPÍTULO XI

La mesa de juego no estaba muy concurrida, debido, tal vez, a la excesiva altura de las puestas. Diana Curvet se hallaba al lado de Tobry-Than, muy complacida al parecer de la compañía del zakkariano.

Diana era una joven de largos cabellos negros y silueta escultural, cubierta someramente por un lujoso vestido de hilos de oro, constelado de piedras preciosas. Aunque de corte masculino, las ropas de Tobry-Than, un sujeto menudo, astuto y de expresión saturnina, eran del mismo tejido.

Igor Poswer se hallaba a la izquierda de la pareja. Tenía frente a sí un gran montón de fichas pero parecía muy preocupado. Dan se dio cuenta de que el traidor primer oficial estaba perdiendo y en gran cantidad.

Detrás de Tobry-Than, dos hercúleos sujetos, idénticos en un todo al que Dan había encerrado en su propia nave, permanecían inmóviles, sosteniendo en sus manos sendas bolsas de descomunal tamaño, de las cuales extraían de cuando en cuando pesados fajos de billetes. Quizá aquella mesa era la única en que se empleaban billetes y fichas indistintamente.

Dan apartó a algunos de los curiosos y tomó asiento frente al zakkariano. Entonces, Poswer alzó la vista y le reconoció.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo del segundo. No obstante, Poswer consiguió mantenerse impasible.

- Hola, Igor — saludó el joven.
- Ho... la, Dan — contestó Poswer, haciendo un esfuerzo por

despegar los labios.

Tobry-Than dirigió a Dan una mirada casual. Luego, con leve sonrisa, acarició la mano de Diana, que se reclinaba indolentemente sobre su hombro.

- Vamos — dijo en su lengua gutural y áspera—, tire una carta.

Y colocó en el centro de la mesa un fajo de billetes, que podía contener hasta un centenar de unidades. Dan se dio cuenta de que había allí, al menos, una cantidad cercana al medio millón.

Comparados con ella, los diez mil que puso Dan sobre la mesa resultaban una suma ridícula, hasta el punto de que, incluso Igor Poswer, se permitió el lujo de burlarse de él.

- Dan, aquí no se juegan miserias — rió.

El joven le arrojó una mirada indiferente. Poswer, en aquellos instantes, se rascaba la palma de la mano derecha con las uñas de la otra.

- Hasta un solo billete sería una suma excesiva para un cadáver — contestó fríamente.
- ¿Me estás amenazando? — preguntó el segundo en tono hostil.

Los ojos de Tobry-Than se animaron por un momento. Diana pareció interesarse también por la pareja.

- No — dijo Dan—. Yo no amenazo a los que están muertos. ¿Te pica mucho esa mano derecha?
- Pues... sí — respingó Poswer—. Pero ¿qué diablos tiene esto que ver con...?

—De momento, nada — replicó Dan, volviendo los ojos hacia el zakkariano—. ¿Pedimos carta, honorable Tobry-Than?

- Estoy esperando a que salga — habló el sujeto.

El banquero estaba en la cabecera de la mesa. El juego no podía

ser más sencillo: ganaba la carta más alta.

Los naipes eran repartidos a los jugadores por riguroso turno. Cada cual mantenía su carta boca abajo, hasta que todos estaban servidos. Entonces las iban descubriendo una a una, por tumo, hasta dar la vuelta completa a la mesa.

El tener la carta boca abajo no significaba que el jugador no pudiera verla. Entonces, si estimaba que era un número demasiado bajo, podía «comprar» la de cualquier otro jugador, y éste accedía o no, según sus cálculos estimativos, o pedía más de lo que le ofrecían. El banquero se limitaba a repartir y a cobrar el diez por ciento de cada jugada total. El que poseía, finalmente, la carta más alta, se llevaba todas las apuestas.

Las solicitudes de cambio de naipes eran numerosas y se cruzaban verdaderos pugilatos por adquirir tal o cual naipe. Al final, solían quedar dos únicamente y entonces ya no había más «compra» de cartas; era obligatorio descubrir las dos últimas.

Dan entró con buen pie y ganó tres manos seguidas, lo que le produjo un beneficio de más de trescientos mil. La cuarta le hizo perder alrededor de un centenar de billetes de a mil.

Mientras jugaba, observaba atentamente a Diana, Tobry-Than y a Poswer. El segundo de la «Audax» perdía sin cesar.

La última vez perdió un fajo de billetes de a mil, cuyo número podía estimar en cincuenta. Dan se percató de que el sitio delante de Poswer estaba casi limpio de dinero.

En cambio, él, había ganado muy cerca del millón. Tobry-Than había perdido mucho, pero ello no parecía preocuparle. Cada vez que necesitaba dinero, uno de sus ayudantes depositaba un tremendo fajo de billetes sobre la mesa.

De pronto, Poswer se inclinó hacia Tobry-Than y le dijo algo al oído. El zakkariano movió apenas los labios para contestar.

Poswer asintió. Tobry-Than hizo una seña y el ayudante de su izquierda entregó a Poswer dos fajos de billetes. Dan calculó su valor, por lo bajo, en medio millón.

Tobry-Than acarició la mano de Diana, quien pareció sentirse muy complacida, a juzgar por la ardiente sonrisa que dedicó al zakkariano. Entonces, Dan juzgó llegado el momento de actuar a fondo.

—Tobry-Than — dijo—, este juego me está pareciendo muy soso

y sin aliciente alguno.

El zakkariano pareció sorprenderse.

- Pues yo lo encuentro muy interesante — manifestó—. Es el que más me gusta de todos.
- No lo digo por el juego en sí, sino por lo que nos estamos jugando. El dinero solamente tiene muy poco aliciente — contestó Dan.
- ¿Y qué otra cosa se puede jugar aquí? — preguntó Tobry-Than.

El banquero permanecía inmóvil, con el mazo de cartas en las manos, esperando el momento de repartir, mientras los dos hombres conversaban en tono apacible y amistoso. Detrás de Dan, Sylda contenía el aliento.

- Tienes una dama a tu derecha — declaró Dan—. Mira la que tengo yo detrás de mí.

El zakkariano alzó sus ojos, que brillaron de inmediato con un resplandor singular.

- Es muy hermosa, en efecto — alabó.
- Se llama Sylda. Te la juego contra esa belleza de pelo negro que se apoya en tu hombro.

Sobrevino un momento de silencio. De súbito, Poswer exclamó.

- No accedas, Tobry-Than. Ese hombre ha recibido el encargo de rescatar a Diana...

La muchacha se sobresaltó vivamente. Irguiéndose, miró a Dan casi con rabia.

- ¿Le envían esos miserables de la C.I.D.? — preguntó con voz estridente.
- Ésa es una cuestión secundaria en estos momentos— contestó el joven, sonriendo con amabilidad—. Lo que importa es conocer la respuesta del honorable Tobry-Than.

Diana se volvió hacia el aludido.

- Supongo que no accederás a lo que te pide «s# terrestre — dijo. Miró a Dan con el rabillo del ojo—: Además, aunque ganara, no podría llevarme de Thamisia; él no puede comprarme, como lo puedes hacer tú.

Diana tenía razón, reconoció Dan, aunque no le demostró.

— Si gano — dijo con tranquilo acento —, veré lo que hago con usted, señorita Curvet. No podré sacarla de Thamisia, pero me pertenecerá mientras ambos continuemos residiendo en la ciudad.

- ¡Pero es que no quiero ser objeto de juego! — protestó la muchacha.
- Ella tiene razón — insistió Poswer—. Aquí sólo se juega dinero...
- Igor — le atajó el joven—, antes dije que no quería hablar con los muertos. Cierra el pico de una vez.
- ¿Tratas de decirme que me matarás apenas haya terminado la partida, Dan?
- ¿Quién, yo? — rió Dan—. No, muchacho; n« pienso tocarte un solo cabello. Estás muerto ya... ¡muerto desde que te echaste al bolsillo uno de los brillantes smanrianos! ¡Son radiactivos, Igor!

El segundo palideció de manera horrible, mientras en torno suyo se producía un movimiento da general curiosidad.

Dan continuó:

- Mírate la mano derecha, Igor. Hace días que te pica, ¿no es cierto? Estoy seguro de que haría saltar la aguja de un contador Geiger, si te lo acercásemos al cuerpo... pero si no me crees, ve y compruébalo tú mismo.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Poswer aulló:

- ¡No es cierto! ¡Me estás engañando, Dan!
- Tratas de convencerte a ti mismo de que no es verdad — respondió el joven sin alterarse—. Pero vamos a comprobarlo ahora mismo.

Miró al banquero.

- ¿Puede usted pedir un contador de radiactividad? — solicitó cortésmente.
- En el acto, señor.

El banquero se volvió hacia uno de los vigilantes y le dio una orden. El hombre se alejó con rapidez.

- En el Arcadia estamos dispuestos a servir cualquier cosa a nuestros clientes — manifestó el banquero —. El contador estará aquí dentro de diez minutos, caballeros.
- Muy bien — aprobó Dan—. ¿Qué tal si sirviera dos cartas solamente en esta mano? Una para el honorable Tobry-Than y otra para mí.

El banquero consultó con la vista a Tobry-Than. Diana intentó protestar.

- ¡Cállate!—le ordenó el zakkariano—. Te he comprado y puedo hacer contigo lo que quiera... ¡incluso ordenar matarte aquí, en este mismo instante.

Diana se amedrentó. Tobry-Than agitó una mano y el banquero le echó una carta. Dan puso la mano izquierda sobre la que recibió un segundo más tarde.

- ¿Está listo, Tobry-Than? — preguntó Dan.
- Sí — contestó el zakkariano.

Levantó una punta de su carta, mientras Dan hacía lo propio. De repente, el zakkariano dijo:

- Cinco millones por su carta, terrestre.

Sylda abrió la boca, pero contuvo las ganas que tenía de gritar de alegría. La carta de Tobry-Than debía de ser muy baja.

- No — contestó Dan con voz firme .

Tobry-Than hizo una mueca.

- Como sé que si le ofrezco seis millones dirá que no también, y lo mismo hará si aumento mi oferta a siete o más, le daré diez en el acto. ¿Qué me responde?

Todos los espectadores de la singular escena retenían el aliento, a la vez que guardaban un silencio absoluto. Nunca se había visto una partida tan empeñada, pese a que en Thamisia había ya pocas cosas que extrañasen a nadie.

- No — ratificó Dan—. Levante su carta y que la suerte sea propicia al más afortunado.
- ¡Quince millones! — mugió el akkariano.
- Prefiero correr el albur de ver su carta, que debe ser muy baja, a juzgar por el interés que tiene en comprar la mía — sonrió Dan.

Los ojos de Tobry-Than centellearon.

- Es mi última oferta. Veinte millones y no se hable más. Me quedo arruinado — concluyó con voz plañidera.
- Entonces voy a evitarle la ruina — contestó Dan—. Levante su carta.

Hubo una dramática pausa de silencio. De pronto Tobry-Than se puso en pie con gesto brusco, que estuvo a punto de lanzar a Diana por tierra, y arrojó la carta sobre la mesa.

- ¡Maldición! — bramó el zakkariano —. ¡La chica es suya!

Dan levantó la mano derecha.

- Recuerde esto: Lo ha dicho en presencia de testigos y sin dejar que yo levante mi carta. Ya no puede volverse atrás, Tobry-Than. ¿No es cierto, muchacho?— se dirigió al banquero.
- Cualquier cosa que el honorable Tobry-Than pudiera jugarse, la ha perdido ya — manifestó el banquero en tono impasible—. Ya no tiene derecho a formular la menor reclamación.

Tal era la ley no escrita, que se observaba escrupulosamente. Y, con objeto de prevenir cualquier posible violación de la misma, el banquero tenía al lado a dos fornidos guardaespaldas, que habrían actuado instantánea e implacablemente contra cualquier sujeto desconforme con su suerte. Dan lo sabía; en lugares como en el Arcadia, por muy buen cliente que fuese uno, se le hacía respetar con escrupulosidad los reglamentos interiores.

De lo contrario, el local habría caído en el descrédito, con la ruina consiguiente, ya que en poco tiempo cualquier condescendencia se habría hecho pública y los jugadores habrían dejado de acudir.

La carta de Tobry-Than era un tres de diamantes. Dan levantó la suya.

Un grito de asombro se escapó de los labios de los presentes.

¡Era el dos de trébol!

Tobry-Than dejó escapar un rugido de rabia al darse cuenta de que se había dejado engañar por la tranquila sonrisa del joven. Quiso hacer un movimiento hostil, pero los dos vigilantes dieron un paso hacia delante. Ni aún su elevada categoría le habría salvado de una paliza, cuando no de recibir una descarga solar.

— ¡Volveremos a vemos!—prometió el zakkariano, ahogándose de rabia.

Se abrió paso entre el gentío que se había congregado en torno a la mesa y se marchó, seguido de sus dos esbirros.

Entonces, Dan y Diana quedaron frente a frente. Igor callaba, paralizado por el asombro que le producía la atrevida acción del joven.

CAPÍTULO XII

Diana Curvet tenía los labios entreabiertos y su pecho palpitaba

afanosamente. Era indudable que no le satisfacía en absoluto que Tobry-Than hubiese perdido la partida de un modo tan estúpido, per no haber sabido dominar sus nervios.

De repente, sin que ninguno hubiese tenido tiempo de pronunciar una sola palabra, un hombre separó a los curiosos y se acercó a la mesa, con una cajita escura, de forma oblonga, en las manos.

- El contador — anunció.

Dan volvió los ojos hacia Poswer.

- Igor, acerca tu mano al Geiger.

El segundo vaciló un instante. Luego, con lentos movimientos, hizo lo que le decían.

El crepitar del contador de radiactividad fue audible con claridad en el silencio que reinaba en aquel lugar. La aguja osciló locamente hasta quedar detenida más allá del límite rojo de seguridad.

Muchos de los que estaban junto a Poswer se separaron de él, mirándolo como si estuviese apestado.

- Estás empapado de radiactividad hasta los huesos— dijo Dan fríamente—. No es una muerte agradable y, lo creas o no, te compadezco, Igor; pero también me acuerdo del licor que vendiste a los smanrianos... de Fraserni que murió devorado por los gusanos carnívoros en un pozo de arenas movedizas... ni del tripulante a quien asesinaste para hacer pasar su esqueleto por el de Diana Curvet. Lo que te pasa no es sino el justo castigo por los crímenes que has cometido y, en medio de todo, te ahorra ir a parar a manos del coronel Delage.

De repente, un rugido de rabia infinita se escapó de los labios del traidor.

- ¡Está bien! — aulló, a la vez que echaba mano a la pistola que pendía del cinturón—. ¡Voy a morir, pero al menos, tú y esa maldita que está a tu lado me acompañaréis!

Dan estaba prevenido y hacía rato que tenía empuñada la pistola, aunque oculta bajo la mesa. Sabía que sólo había un medio de parar a Poswer y lo empleó.

El traidor se convirtió en el acto en una nube d« humo.

- ¿Alguna objeción? — preguntó Dan fríamente, mirando en torno suyo.

El banquero rompió el tenso silencio que se había producido después del incidente.

- Ninguna, señor Lentz — manifestó en tono cortés—. Estaba en su pleno derecho de disparar contra ese individuo.
- Muchas gracias. — Dan separó un grueso fajo de billetes y lo arrojó hacia la cabecera de la mesa. Había doscientos mil al menos—. La comisión de la casa y una propina para usted y sus ayudantes — concedió generosamente.

El banquero sonrió.

- Mil gracias, señor Lentz — dijo.

De pronto, Diana, recobrando el habla, se puso en pie y gritó:

- ¡No me iré con usted!

Y trató de huir.

Dan apoyó la mano izquierda en la mesa y saltó por encima de ella, pasando al otro lado con suma facilidad. Diana, por otra parte, no pudo correr mucho; los curiosos frenaban su paso y el joven pudo alcanzarla fácilmente.

Diana se debatió, aunque todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Dan terminó por cargársela al hombro.

- Recoge el dinero, Sylda — ordenó—. Nos vamos ahora mismo.

Diana lanzaba fuertes chillidos, a la vez que movía las piernas, con frenesí. Dan la sujetaba con la mano izquierda; de pronto, se hartó, levantó la mano derecha y la estrelló por dos veces contra el

final de la espalda de la joven, sin la menor compasión. Los chillidos de Diana cesaron en el acto.

- Se merecía mucho más — dijo el joven—. Dos hombres murieron por su culpa, sin contar a Igor... ni los peligros que hemos pasado nosotros para rescatarla.
- ¡No quiero volver a la Tierra! — gimoteó Diana—. ¡No quiero volver con esos forajidos de la C.I.D.!

Dan continuaba su camino hacia la salida, seguido de Sylda y del profesor Schaffhaus.

— Volverá a la tierra y se enfrentará con esos que llama usted forajidos — afirmó Dan—. Expóngales a ellos sus quejas o destitúyalos si quiere cuando haya llegado allí, pero nosotros tenemos la misión de rescatarla y la cumpliremos, tanto si le gusta como no.

Diana pareció convencerse de la futilidad de sus esfuerzos. La voz de Dan era bastante firme para que no se diera cuenta de que el joven estaba dispuesto a cumplir sus promesas por encima de todo.

El paso por las calles de Thamisia no provocó curiosidad alguna; espectáculos más raros se veían a diario. Tan sólo algunos transeúntes rieron con gran estrepito al ver a Diana atravesada sobre el hombro de Dan.

Llegaron al hotel. Dan pidió una «suite» completa en el piso más alto del edificio y encargó que les subieran de comer. Entraron en el ascensor y, momentos después, se hallaban en el salón de la «suite».

Diana se sentó en un sillón, con aspecto hosco, dando a entender con su actitud que no quería hablar con ninguno de les tres. Pero Sylda sí tenía algo que decirle al joven.

- Me parece que no haces bien, quedándote aquí — dijo—. Tendríamos que marchamos inmediatamente a tu nave y salir de Thamisia cuanto antes.
- Tengo motivos para quedarme aquí algunas horas más — declaró el joven—. Por otra parte, estimo que ir al aeropuerto ahora resultaría bastante peligroso.
- ¿Tobry-Than? — preguntó Schaffhaus.
- Sí. Es un sujeto rencoroso, que no ha digerido aún su derrota. Imagino que está tramando algo contra nosotros... y

es preciso que estemos prevenidos para hacerle frente.

- Podrías ir tú solo al aeropuerto, situarte con la nave sobre la terraza del hotel y así embarcaríamos nosotros tres — sugirió Sylda.
- Imposible. Las leyes de Thamisia impiden que cualquier nave vuele sobre los edificios. Aunque tú no te lo creas, la ciudad tiene un cuerpo de policía, que no interviene sino en los casos de gran necesidad.
- No he visto a ninguno por las calles — alegó Schaffhaus—. La gente se mata impunemente, sin que esa policía intervenga en absoluto.
- Ése no es el problema de Thamisia, sino de sus visitantes. Pero procure no disparar contra ninguno de sus residentes habituales o no saldrá vivo de la ciudad.
- Comprendo — dijo el profesor, con aspecto reflexivo—. Y esos guardias dispararían contra la nave, si la viesen sobrevolando la ciudad.
- Eso mismo — respondió el joven.

En aquel momento llamaron a la puerta.

- La comida — exclamó Dan—. Ya era hora.

Se acercó a la puerta y la abrió. Un camarero entró, empujando una mesita cargada de viandas.

Dan le entregó un billete como propina. El camarero saludó y se marchó.

- Dentro de dos horas será de noche — dijo

Dan—. Entonces habrá llegado el momento de largamos de esta ciudad maldita.

Sylda se estremeció.

- Es un antro de vicio y corrupción — murmuró—. ¡Debería llover fuego del cielo sobre ella y arrasarla hasta sus cimientos!
- Como en Sodoma, ¿no? — sonrió Dan —. Bueno, tal vez un día… —dijo enérgicamente. De pronto, se volvió hacia Diana, quien permanecía en la misma postura que había

adoptado a su llegada—. Señorita Curvet, la caía está servida.

- ¡No quiero comer! — contestó la muchacha hostilmente—. ¡Ojalá se envenenen los tres!
- Vamos a ver si la complacemos — sonrió Dan, levantando la tapa que cubría la bandeja del asado—. ¡Mmmm…, esto huele gloria! ¿Cómo vas de apetito, Sylda?
- Lo tengo magnífico, pese a que tú has hecho todo lo posible por quitármelo — respondió Sylda con acento desabrido—. ¿Qué habría pasado si hubieses perdido?
- No podía perder — contestó el joven, mientras trinchaba el asado con un cuchillo—. Aunque me hubieran dado un as, en este caso, la carta más baja, ya que sólo representa la cifra uno, habría ganado de todas formas.
- ¿Por qué? — quiso saber el profesor, muy intrigado.

Dan rió suavemente.

- A Tobry-Than se le iban los ojos detrás de la señora Otkins. Incluso con un caballo no habría querido correr el riesgo de que a mí me saliese un rey.
- Pero ¿y si hubiese seguido la jugada y no te hubiera ofrecido ningún dinero por tu carta? — quiso saber Sylda.
- Entonces, le habría matado — afirmó Dan con decisión.

Hubo un momento de silencio. Sylda parecía considerar la respuesta del joven.

- Te hubieras visto en un verdadero apuro — dijo al fin.

— En primer lugar, gané, con lo que es inútil especular sobre lo que podría haber sucedido y no ha sucedido, ¿comprendes?

- ¡Pero me jugaste a mí!—exclamó ella, irritada.
- No tenía dinero suficiente para competir con él y no me iba a jugar al profesor ¿verdad?
- Eres un cínico, Dan Lentz — dijo Sylda con rabia—. ¡No sé cómo un día llegué siquiera a pensar en casarme contigo!
- Pues ya puedes ir elaborando esos pensamientos de nuevo, porque nos casaremos apenas lleguemos a la Tierra.

Sylda se quedó sin habla, a causa de la sorpresa recibida. Diana soltó una risita sarcástica.

- ¡Se casará con él, señora, sin la menor duda! — afirmó—. No conozco al señor Lentz, pero, a juzgar por lo poco que he visto, es hombre que cumple siempre lo que promete.
- ¡Pero es que yo no le quiero!—protestó Sylda a voz en cuello.
- Lo dice usted de una forma tal, que parece que le esté jurando amor eterno — rió la muchacha—. Les haré un buen regalo, se lo prometo.

Dan se dio cuenta de que a Diana se le estaba pasando el enfado. Entonces, consideró llegado el momento de saber algo que le había intrigado desde el momento en que aceptó la misión del rescate.

Llenó una copa de vino y se acercó a Diana.

- Ya que no quiere comer—dijo—, al menos, tome un sorbo de vino. Esto mejorará su humor, señorita Curvet.

Diana le dirigió una mirada penetrante.

- Usted quiere que yo le diga algo, señor Lentz.
- En efecto... ¡Perdón, un momento, por favor!

Acababan le llamar a la puerta. Schaffhaus se dirigió a abrir, pero Dan le contuvo con un gesto de su mano.

- Deje, lo haré yo — murmuró, a la vez que apoyaba la mano sobre la culata de su pistola.

La precaución no pudo ser más acertada. Apenas abrió, se vio frente a frente con Racq, el asesino.

CAPÍTULO XIII

El puñal, que era la herramienta de su siniestro oficio, centelleó vivamente en la mano derecha de Racq, mientras describía un veloz círculo en el aire, de arriba abajo.

Sylda lanzó, un agudo grito de pavor al contemplar el inesperado ataque del asesino profesional. Por un instante, creyó que Racq iba a conseguir su propósito.

Pero Dan estaba prevenido y se dejó caer de espaldas, con no menor rapidez que su atacante. Racq lanzó un rugido de rabia al ver que su golpe había fallado.

Vaciló un momento, ya que había perdido el equilibrio al no encontrar la resistencia esperada. Luego, rehaciéndose, intentó arrojarse contra el joven.

Dan tenía los hombros apoyados en el suelo. Sacó la pistola y abrasó al asesino, a menos de un metro de distancia.

Inmediatamente, se puso en pie y cerró la puerta.

Mostrábase sereno, pero, no obstante, su frente aparecía cubierta de una capa de sudor.

Sylda corrió hacia él y le agarró por los brazos, a la vez que le dirigía una ansiosa mirada.

- ¿Estás bien, Dan? — preguntó.
- Sí. — Dan se pasó la manga por la frente—. Por una fracción de segundo, ese miserable no me ha partido el corazón.
- ¿Crees que es obra de Tobry-Than?
- Desde luego. No ha podido digerir su derrota y ahora trata

de vengarse, ya lo dije antes.

Ella le sacudió con fuerza.

- Tenemos que irnos, Dan — exclamó con voz apremiante —. No podemos permanecer en esta ciudad ni un minuto más de lo necesario.
- La señora Otkins tiene razón — afirmó el profesor Schaffhaus—. Como objeto de curiosidad y lugar de turismo, Thamisia puede ser un lugar atractivo, pero no para estar en ella demasiado tiempo. ¿No ha conseguido ya lo que deseaba, señor Lentz?

El joven levantó ambas manos a un tiempo.

- Les ruego esperen un poco todavía — dijo—. Aún no es el momento de partir de la ciudad. ¿Creen que, si fuera hora, no me habría ido ya?
- Entonces, ¿a qué esperas, Dan? — inquirió Sylda.
- Tengo noticias importantes... pero no ha llegado todavía el momento de comunicarlas — contestó él—. Un poco de paciencia, por favor.

Se volvió hacia Diana.

- Señorita Curvet.
- ¿Sí? — contestó ella, con cierta displicencia.
- Ese hombre, contra el cual he disparado, nos interrumpió en un momento crítico. Usted sabe que quiero que me diga las causas que la llevaron a esconderse en Smanr.
- Sí, pero no diré nada...

Dan se acercó a la muchacha.

- Tres hombres no pagan cinco millones por rescatar a una persona, sin un poderoso motivo... más poderoso todavía que el dinero que pueden obtener quedándose íntegramente con la C.I.D. ¿Estoy en lo cierto al hablar así, señorita Curvet?

Diana se removió inquieta en el asiento. Sylda y Schaffhaus les

contemplaban con suma atención.

- Bueno, yo estaba un poco harta de la Tierra y... — replicó Diana evasivamente.
- ¿Y se fue a vivir en un planeta, donde no tiene nada de cómodo y agradable? Smanr no es precisamente un lugar paradisíaco, a pesar de la buena temperatura que reina la mayor parte del año. Los nativos son menos ingenuos de lo que parecen y... Vamos, hable con franqueza de una vez.

Los ojos de la joven centellearon con furia.

- ¿Y qué demonios puede importarle eso a usted?— estalló de súbito—. ¿No me ha encontrado ya? ¡Pues entonces, entrégueme, cobre los cinco millones que le pagarán por mi rescate y no se preocupe de más!
- Tengo que preocuparme, aunque no le guste— manifestó Dan en tono reposado—. Como agente gubernamental, hay cosas que me interesa conocer muchísimo.

Sylda respingó.

- ¡Dan! ¿Qué estás diciendo? — exclamó.
- Ta lo has oído — contestó él, sin volver la cabeza—. Tuve que abandonar la «Audax» precipitadamente, fingiendo una ruptura que, por mi parte, no existió. Aunque es preciso reconocer que tú diste motivos en más de una ocasión.
- Pero... pero... —Sylda se ahogaba de sorpresa.
- El coronel Delage, en nombre del gobierno, me rogó que aceptase esta misión. Siento haberme portado así, nena, pero no tenía otro remedio.
- Bien, y, ¿en qué consistía la misión, si puede saberse? —preguntó Sylda, muy sulfurada—. Porque, que yo sepa, estabas ciegamente empeñado en ganarte cinco millones.
- Que cobraré de todas formas — afirmó él con tranquilidad —. Ya tengo a esta linda y astuta chica en las manos... y puedo afirmar que he deshecho su diabólico plan, un plan concertado con los directivos de la C.I.D., a los cuales pretendía traicionar después. Sin embargo, no contó con que

esos tres hombres pagarían un elevado rescate por encontrarla, ponerle la mano encima y castigarla por su traición, ¿no es así, señorita Curvet?

- No sé de qué me habla usted — respondió Diana con acritud—. Todo eso me parecen infundios calumniosos, señor Lentz.
- Usted llegó a Smanr hace algo más de un año con un propósito bien definido — acusó Dan—. En efecto, es joven y hermosa, pero no menos inteligente y ambiciosa. Conocía las costumbres de los smanrianos y su carácter plácido y hospitalario. Pronto se los ganó a todos, no sólo a los de la tribu de Lisel, sino a todos los demás.

«La venta suya a Tobry-Than no fue sino algo provocado hábilmente por usted, de acuerdo con el zakkariano. Cuando Lisel o Azún le enteraron de que era buscada, se presentó a Igor Poswer y le engañó. Así, Poswer creyó que la vendía, cuando lo cierto es que esa venta no era más que una ficción preparada de antemano.

«Poswer estaba destinado a desaparecer, lo mismo que los demás tripulantes de la «Audax». Usted había llegado a convencer ya a los smanrianos de la inconveniencia de seguir resistiendo en su planeta. Pronto llegarían decenas de naves que los trasladarían a Zakkar... ¡donde sujetos como Tobry-Than necesitan esclavos a toda costa, para realizar los más duros trabajos que ellos no quieren molestarse en hacer! ¡Un pueblo pacífico y amable, de varios millones de seres, iba a ser vendido, sólo para satisfacer la codicia de unos cuantos!

Sylda y Schaffhaus se hallaban atónitos ante las revelaciones que escuchaban. Diana aparecía pálida y tenía las facciones alteradas por el temor y el odio.

— ¿Cuánto le iba a pagar Tobry-Than por la venta? Era el encargado de ejecutar la operación en nombre de Zakkar. ¿Cien, doscientos millones? ¿Quinientos, acaso? La C.I.D. es una empresa poderosa, con un gran capital, pero que no alcanza siquiera a la décima parte de la última suma citada. Y usted, que en un principio estuvo de acuerdo con sus tres ejecutivos, luego sintió una ambición desmedida y quiso engañarlos. ¡Que la declarasen muerta y que se quedaran ellos con la C.I.D.! ¡Usted ganaría mucho más, de todas formas! ¿No es cierto?

Diana se hundió en el sillón. Su actitud denotaba a las claras la

veracidad de las acusaciones de que era objeto.

—No le hubiera importado sacrificar a todo un pueblo, con tal de conseguir sus propósitos — siguió Dan implacablemente—. Pero no contó con que, al permanecer tanto tiempo en Smanr, usted misma se condenaba, antes de que la condene la justicia.

- ¿Qué es lo que quiere decir usted? — chilló Diana, agarrando con manos convulsivas el brazo del sillón.
- Simplemente, que los smanrianos son inmunes a la radiactividad por naturaleza. Pero usted no... ¡y ha vivido en Smanr durante más de un año!
- ¡Sólo los diamantes son radiactivos! — gritó Diana.
- Y el suelo también, aunque en menor proporción— afirmó el joven—. Un día, dos y aun algunas semanas, no constituyen ningún perjuicio para el organismo. Pero cuando el cuerpo humano recibe día tras día una pequeña dosis de radiactividad, aunque sólo sean cuarenta o cincuenta *roentgens,* y ello a lo largo de un año, los efectos acaban por acusarse. Tardará en sentirlos, pero está sentenciada ya. Lo mismo que Duvern y Poswer, aunque con menor rapidez.
- ¡No, no!—balbuceó Diana, aterrada—. ¡No es posible...! ¡Quiero vivir! — chilló—. ¡Tiene que haber algún medio de curarme!

—Lo siento — contestó Dan con voz firme.

Diana se puso en pie de un salto y se agarró a sus brazos. Sus ojos parecían los de una demente.

- Hoy día se pueden curar los envenenamientos radiactivos, a menos que sean fulminantes, como el de Igor — exclamó—. Lléveme a la Tierra; le pagaré una fortuna... Diez, veinte millones... Tobry-Than me anticipó cincuenta... ¡Lo confesaré todo!—terminó la muchacha con un feroz alarido.
- Está bien. Trataré de conseguirlo, pero, como hay tiempo, me firmará una declaración. Luego veremos de alcanzar mi nave.
- Sí, sí — dijo Diana con los ojos extraviados—. Firmaré todo lo que me pida, señor Lentz...

Dan se volvió hacia la joven.

—Sylda, llama a la recepción y pide que envíen una grabadora. Mejor que escribir, será registrar la declaración de la señorita Curvet.

Sylda se rehízo de la enorme impresión sufrida. Ahora se daba cuenta de que, aunque inconscientemente, había estado sirviendo de instrumento a unos sujetos sin escrúpulos que habían intentado resucitar uno de los mercados más crueles y despiadados en la historia de la Humanidad.

Se acercó al visófono y dio el contacto. Mientras, Dan decía:

- Los smanrianos son gente plácida, pero no tontos. No les gustan las visitas extraplanetarias; por eso regalaron tantos diamantes a la tripulación de la «Audax». Cuando se extienda la noticia de la radiactividad de Smanr, no habrá quien ponga de nuevo el pie en...

Un agudo grito de Sylda le interrumpió de pronto.

La mano de la muchacha señalaba la pantalla del visófono. Dan se acercó de un salto junto a ella.

El busto del remilgado encargado de la recepción aparecía en la pantalla. Pero no les miraba a ellos, sino a alguien que no se podía ver en aquel momento.

- Le... le juro que no sé en qué... habitación se encuentran, honorable Tobry-Than...

La pantalla brilló de pronto deslumbradoramente. Cuando el resplandor se disipó, el recepcionista había desaparecido.

Una voz chillona se oyó a través del micrófono del aparato.

- ¡Al ascensor! — gritó Tobry-Than—. ¡Están en una de las «suites» del último piso! ¡Matadlos a todos, menos a la mujer del pelo negro!

El objetivo de la telecámara permitía ver parte del vestíbulo del hotel invadido por una muchedumbre de sujetos, que empuñaban armas de diversas clases. Todos ellos parecían muy excitados y la inmensa mayoría se hallaban embriagados.

Dan comprendió al instante lo que sucedía.

—Tobry-Than los ha contratado para destruirnos — exclamó —. Necesita a Diana Curvet y no reparará en medios para rescatarla.

La muchacha se puso en pie, sonriendo de manera desafiante.

- Me ire con Tobry-Than. También en Zakkar hay buenos médicos y me curarán — exclamó—. Tobry-Than no puede hacer nada sin mí y...

Dan le dirigió una intensa mirada de desprecio. Luego, sin pronunciar palabra, corrió hacia la puerta y salió al pasillo.

El ascensor se hallaba a unos metros de distancia. Dan disparó dos veces contra la puerta, abriendo en ella un ancho boquete.

Los cables quedaron al descubierto. En la tierra se usaba la antigravedad para tales menesteres, pero en Thamisia, más por falta de técnicos que por escasez de dinero para adquirir cualquier cosa, se empleaban aún ciertos sistemas antiguos.

Dan disparó contra los cables del ascensor, fundiéndolos con un par de descargas. El aparato, lleno hasta los topes de asesinos pagados, se hundió el vacío.

Sonó un terrible alarido. Luego se oyó el tremendo golpe del ascensor al estrellarse contra el sótano.

Sylda apareció en la puerta del cuarto.

— Ahora estamos bloqueados aquí — dijo, muy pálida.

- Sí, aunque espero que por poco tiempo. ¿Tienes conectado aún el visófono con el vestíbulo?

Ella asintió con la cabeza. Dan regresó al cuarto.

La voz de Tobry-Than se dejaba oír a través del altoparlante.

- ¡Un millón por la cabeza de cada uno de los tres terrestres que están arriba! — rugió el zakkariano.

Un verdadero tropel de gente se precipitó hacia las escaleras.

- ¡Estamos perdidos! — gimió Sylda.

Diana sonreía satisfecha. El rumor de la gente que subía por las escaleras, crecía por momentos.

De repente, una deslumbrante claridad barrió la noche de

Thamisia.

El fulgor penetró por todas partes. Parecía como si se hubiera hecho de día repentinamente.

Una poderosa voz resonó por todos los ámbitos, haciendo vibrar los recios muros del edificio.

- ¡Atención, habitantes de Thamisia! ¡Os habla el coronel Delage, de las patrullas interestelares!

Dan corrió hacia la ventana. Entornó los ojos y consiguió distinguir las sombras de algunas astronaves que flotaban a escasa altura sobre la ciudad.

- ¡La Confederación de Sistemas Solares ha tomado el acuerdo de arrasar el foco de vicio y corrupción que es Thamisia! ¡Todo el mundo abandonará la ciudad en el plazo de una hora! ¡Aquél que se quede, se atendrá a las consecuencias de su acción! ¡Marchaos inmediatamente, ahora que aún hay tiempo!

Dan no perdió tiempo en actuar. Saltó hacia Diana y la agarró por un brazo.

- ¡Sylda, profesor! ¡A la terraza! ¡Los hombres de Delage se encargarán de recogerlos!

Schaffhaus no perdió tiempo en obrar. Abandonó la estancia y corrió a lo largo del pasillo hacia el tramo ascendente de la escalera, seguido de inmediato por Sylda y Dan, quien, de nuevo, se vio obligado a cargar con la recalcitrante Diana Curvet.

Cuando salía al pasillo, divisó a un hombre que, ciego de ira, asomaba por la escalera. Girando un poco, apuntó y disparó velozmente.

Tobry-Than lanzó un agudísimo grito de pavor, cortado en el acto, cuando la descarga convirtió su cuerpo en humo. Dos o tres sujetos que subían tras él, retrocedieron, amedrentados.

Dan corrió hacia el otro lado y siguió a la pareja que le precedía. Pocos momentos después, se hallaban en la terraza del edificio.

Desde la calle les llegaba un confuso rumor. Las naves de Delage, en número superior al centenar, continuaban inmóviles,

proyectando cascadas de luz sobre aquella ciudad del vicio.
Alguien les vio. Una nave empezó a descender hacia ellos.

- De modo que tú lo sabías — dijo Sylda.

Dan depositó a Diana sobre el suelo de la terraza.

- Claro. Por eso quería esperar en el hotel — contestó.
- No me esperaba la destrucción de Thamisia — murmuró ella, meditabunda.
- Esto era algo que tenía que producirse un día u otro — manifestó el profesor en tono sentencioso —. Bien está algo de libertad, pero no un libertinaje absoluto y descarado.
- ¿Y qué pasará luego con Thamisia? — quiso saber Sylda.
- Ya has oído a Delage. La ciudad será destruida. El planeta será habitado por gentes honradas y trabajadoras. No habrá más contrabando ni violaciones de la ley.

Sylda asomó parte del cuerpo fuera de la terraza. La calle era un hormiguero que huía hacia espacios abiertos y menos peligrosos.
De pronto, sonó un agudo grito de rabia.

- ¡Maldita!—chilló Diana—. ¡Dan Lentz lo ha hecho todo, pero no le dejaré que disfrute de su obra!

Y se abalanzó sobre Sylda, la cual se hallaba peligrosamente inclinada fuera del parapeto.
Dan alargó el brazo, pero Diana se le había escapado ya. Aterrado, lanzó un fuerte grito de advertencia.

- ¡Sylda!

La joven se volvió justo en el momento en que Diana se le echaba encima. Sylda se apartó rápidamente.
Fallado el golpe, Diana no pudo contener su impulso y chocó contra el parapeto. Dan saltó hacia ella, pero se quedó con un trozo de vestido en la mano.
Se oyó un aterrador alarido de pánico, que fue alejándose velozmente, Dan se asomó fuera.
Un cuerpo yacía a cincuenta metros más abaja, convertido en un

montón de carne rota y sangrante. La multitud en fuga, que se había clareado un momento, pisoteó inmisericordiosamente los destrozados restos.

Sylda apoyó la cabeza en el pecho del joven y empezó a llorar.

- Vamos, vamos — dijo Dan, palmeándole las espaldas—; todo ha pasado. Mira, ya nos tienden una escalera.

La nave se había detenido a pocos metros por encima de ellos. Segundos más tarde, saludaban al coronel Delage.

- Todo listo, señor — informó el joven—. Luego le daré más detalles, pero puede dar cuenta de que los smanrianos seguirán en su planeta.
- Gracias, Lentz — sonrió Delage—. Ha sido una buena labor. ¡Ah! — añadió—. Para su tranquilidad, le diré que los ejecutivos de la C.I.D. han sido arrestados y que se tiene una confesión completa de sus actividades. No se les hará mucho, dado que no llegaron a consumar el delito, pero esto les hará ir más derechos en lo sucesivo.

Frunció el ceño.

- Zakkar es todavía un planeta rebelde. Sería preciso meter en cintura a muchos de sus habitantes, como Tobry-Than.

—Coronel — sonrió el joven—, no me mire a mí. Yo ya he terminado. Ahora sólo quiero...

Miró a Sylda. La joven enrojeció vivamente.

- Bueno — agregó Dan—, lo que quise decir es que, en lo sucesivo, voy a tener otra ocupación mucho más agradable. — Suspiró —. Es hora de sentar la cabeza, de fundar un hogar, tener irnos chiquillos...
- ¡No cuentes conmigo para eso! — gritó Sylda—. ¡Te odio, te detesto, te...!

Schaffhaus tiró del brazo de Delage.

- Vámonos, coronel; esta pareja de tórtolos quieren pelearse

a solas.

Y ya desde la puerta, añadió, sonriendo bonachonamente :

- Mi regalo de bodas consistirá en una buena vajilla... ¡Y no de las irrompibles!
- Es una lástima que no la tenga a mano — contestó Sylda —, porque le rompería todos los platos en la cabeza a este... a este...

Dan rodeó su esbelta cintura con los brazos y se inclinó hacia ella.

- Espera a rompérmelos a que lleguemos a la

Tierra, pero, mientras tanto, empieza a pensar en que pronto vas a ser mi esposa.

- ¡Ni lo sueñes! — gritó ella—. ¡Me abandonaste miserablemente...!
- Pero luego te gané en una partida, recuérdalo.

Sylda se rindió y sonrió. Echó los brazos en torno al cuello de Dan y le miró al fondo de los ojos.

- Tienes razón: me ganaste, pero no en una partida, sino hace algunos años — admitió por fin.

Luego se acercaron a una de las ventanillas. Sylda apoyó la cabeza en el hombro de Dan.
— Nunca pude imaginarme que Diana Curvet poseyera sentimientos tan abyectos — comentó en voz baja.

- Tenía una mente retorcida — respondió él—. Pero ya ha pagado sus crímenes.

—¿ Cómo sabías tú tantas cosas de ella?

- Algunas me las dijo Delage, cuando me confió la misión, al saber que iba a buscarla por encargo de los directivos de la C.I.D. Otras... bien, Azún me estaba agradecido por salvarle la

vida de las garras de un tigre exadáctilo y me contó lo que yo ignoraba.

- ¡Pero no te vimos hablar con él, al menos a solas! — se sorprendió Sylda.
- Lo hice cuando tú y Schaffhaus dormíais — sonrió él —. El frasquito de licor que le entregué después no fue parte sino de la comedia que desempeñamos ambos.
- ¡Qué traidor eres! — se quejó ella—. Espero que a mí no me engañarás más en lo sucesivo. ¡Te sacaría los ojos!
- Puedes estar segura de ello — dijo Dan, besándola de nuevo.

Poco más tarde, Thamisia fue destruida.

Un alud de bombas sísmicas se abatió sobre la ciudad del vicio. El suelo se agitó, sacudido por aquel terremoto artificial.

Los edificios se derrumbaron con gran estrépito, como simple castillo de naipes. Los poderosos reflectores de la flota policial iluminaron la escena con toda claridad.

Cuando todo hubo acabado, Delage ordenó lanzar las bombas termógenas. Las maderas ardieron en primer lugar, y luego, las piedras, el mármol, el granito... todo mineral se convirtió en una masa fundente, que reverberaba con rojos resplandores en la noche.

- La lluvia de fuego que se merecía la nueva Sodoma— murmuró el joven, contemplando el terrible espectáculo.

Y pensó que, en lo sucesivo, la Galaxia quedaría mucho más limpia, y que él, Sylda y sus hijos podrían vivir en un mundo honesto y pacífico.

FIN